

## CAPÍTULO VI

Preparativos de Arredondo para marchar contra la expedición de Mina. — Sale de Monterey al frente de su división y llega cerca de Soto la Marina (primeros días de junio de 1817). — Apercibese el mayor Sardá á defender vigorosamente el fuerte. — Rompen sus fuegos las baterías de Arredondo (11 de junio). — Juran los oficiales del fuerte defenderlo hasta la última extremidad. — Obstinada defensa durante los días 14 y 15 de junio. — Honrosa capitulación ajustada entre Sardá y Arredondo. — Entrada de este último en el fuerte (15 de junio de 1817). — Fusilamiento de veintiocho independientes aprehendidos en Altamira antes de la capitulación. — Violación de ésta y envío de los prisioneros de Soto la Marina, primero á Altamira y luego á la fortaleza de Ulúa. — Atroces sufrimientos de los prisioneros durante esa marcha. — Crueldades de que son víctimas en el castillo de Ulúa. — Prisión del padre doctor Teresa de Mier en Soto la Marina. — Causa que le forma el tribunal de la Inquisición (1817-1820). — Mina en el fuerte del Sombrero. — Descripción de este lugar y de las fortificaciones allí construidas. — Don Pedro Moreno, su origen, sus antecedentes y sus servicios en favor de la independencia desde 1814 hasta junio de 1817. — El coronel realista Ordóñez marcha contra el fuerte del Sombrero. — Salen á su encuentro Mina y Moreno. — Derrota completa de los realistas en el Terrero y muerte de los coroneles Ordóñez y Castañón (28 de junio de 1817). — Mina se apodera de una gruesa suma de dinero en la hacienda del Jaral (7 de julio) y la entrega en la caja militar del fuerte del Sombrero. — Entrevista de Mina con los comisionados de la Junta de Jaujilla. — Es nombrado Mina jefe superior de todas las fuerzas independientes del *Bajío*. — Disposiciones del virey para atacarlo. — Proclama de Apodaca (12 de julio). — Entusiasmo que causan los triunfos de Mina en los partidarios de la independencia. — Ataca Mina la villa de León y es rechazado con pérdidas considerables (26 de julio). — Pérdida mayor que sufren los realistas. — Marcha Liñán al frente de una división contra el fuerte del Sombrero. — Asedio de esta posición. — Distribución de las tropas de Liñán. — Vigoroso cañoneo dirigido por los sitiadores. — Estos son rechazados el 4 de agosto. — Sufrimientos de los sitiados á causa del hambre y de la sed. — Sale Mina del fuerte para traer víveres (8 de agosto). — Su infructuosa tentativa para abastecerlo (12 de agosto). — Asaltan los realistas las posiciones del Sombrero y son rechazados con pérdidas considerables (15 de agosto). — Muerte del coronel Young. — Salen del fuerte los sitiados (19 de agosto). — Entra Liñán al día siguiente en las posiciones del Sombrero. — Terribles fusilamientos ordenados por el general español. — Demolición de las fortificaciones de los independientes. — Marcha la división de Liñán contra las fortificaciones de Torres en el cerro de San Gregorio. — Mina se dirige á este último punto. — Plan de defensa que combina con el padre Torres. — Carta que dirige á este último con fecha 1.º de setiembre. — Asalta y toma la hacienda del Bizcocho. — Únesele el distinguido patriota don José María Liceaga. — Descripción del fuerte de los Remedios en el cerro de San Gregorio. — Principio del sitio de los Remedios. — Colocación de los sitiadores. — Asalto infructuoso de éstos (16 de setiembre de 1817). — Muerte del coronel independiente don Cornelio Ortiz de Zárate. — Los sitiados asaltan y toman la batería del Tigre. — Excursiones de Mina por la intendencia de Guanajuato: toma á viva fuerza á San Luis de la Paz (7 de setiembre). — Retírase á Valle de Santiago, donde permanece algún tiempo. — Acción de la hacienda de la Caja y descalabro que allí sufre Mina (10 de octubre). — Marcha este general á Jaujilla y somete á la junta de gobierno un plan de campaña. — Ataca á Guanajuato (25 de octubre) y es rechazado. — Mina dispersa á sus soldados y se retira con una pequeña escolta y acompañado de Moreno al rancho del Venadito. — Es sorprendido y cae prisionero en poder de Orrantía (27 de octubre). — Muerte de Moreno. — Cobarde y vil proceder de Orrantía. — Es llevado Mina al campamento de Liñán, frente al fuerte de los Remedios. — Su fusilamiento en el cerro del Bellaco, el 11 de noviembre de 1817.

Oblíganos el orden cronológico á abandonar por poco espacio la serie de triunfos y reveses que se abre para Mina después de su aparición en el fuerte del Sombrero, á fin de atender á los sucesos ocurridos en las márgenes del río de Santander.

El brigadier don Joaquín de Arredondo, comandante general de las Provincias internas de Oriente, supo en Monterey, el 20 de abril (1817), la noticia del desembarco de la expedición, é inmediatamente reunió una junta de oficiales para proveer á tan extraordinaria emergencia. Sorprendíale novedad de tanto bulto, precisamente en los momentos en que las tropas que le obedecían se hallaban diseminadas hacia el norte del Nuevo Reino de León persiguiendo á las hordas de indios salvajes, y cuando la rigurosa sequía privaba á los campos de pasto para el alimento del gran número de animales que necesitaba

á fin de mover sus trenes y su artillería. Comprendió la junta que estas dificultades impedían que se marchase desde luego con dirección á Nuevo Santander, y acordó que lo más perentorio era concentrar desde luego en Monterey el mayor número de tropas, sin desatender los demás preparativos que facilitasen la pronta salida de la división.

Grande energía desplegó Arredondo en esas críticas circunstancias, y al cabo de algunos días pudo salir de Monterey al frente de setecientos hombres, llevando algunos cañones tirados por extenuadas bestias. Apenas se puso en movimiento, cambió súbitamente la estación, y copiosas lluvias fatigaron la marcha de sus soldados hasta el Real de Borbón. «He caminado hasta aquí setenta leguas, escribía al virey con fecha 20 de mayo, pero para mayor aflicción comenzaron las

aguas con bastante fuerza desde el día en que salí de Monterey: los caminos se pusieron fangosos, y cansaron más á los hombres y á los animales; los ríos, que son once, se hincharon grandemente, y para pasarlos ha sido preciso que la tropa tomase parte en las fatigas propias de los brutos. Sólo, Excmo. Sr., viéndolo, podía creerse el sufrimiento de todos estos soldados y la alegría con que caminan sobre el enemigo, presagio que me asegura la victoria con el favor de Dios <sup>1</sup>.» Dos días antes de escribir esta comunicación, Arredondo publicó una proclama, y mandó que fuese circulada en las inmediaciones de Soto la Marina, en la que se desataba en denuestos contra Mina y el doctor Mier, invocaba la protección de la Virgen del Carmen para vencer á los soldados del primero, y ofrecía el perdón á los que desertasen de las filas independientes, ya fuesen extranjeros de los venidos con Mina, ó ya hijos de la provincia que se hubiesen unido á sus banderas. Algunos días después, el batallón de *Fernando VII* y algunos escuadrones que el virey había enviado violentamente por el rumbo de San Luis Potosí, se incorporaron á la división de Arredondo, con lo que ascendió ésta á mil setecientos soldados con diez y nueve cañones. A principios de junio se acercaban á Soto la Marina, y como hallasen destruída la población por el incendio que ordenó Sardá, comandante del fuerte, asentaron su campamento en San José, lugar situado á una legua de la derecha del río.

Después de la salida de Mina hacia el interior, el mayor Sardá había trabajado empeñosamente en completar las obras del fuerte, en disciplinar los reclutas, en aumentar sus tropas con una milicia de paisanos que puso á las órdenes del mayor Castillo, y en trasladar á las fortificaciones los pertrechos que habían quedado en la playa, no lejos de la barra. También atendió á proveer de abastecimientos al fuerte, y con este objeto dispuso el 3 de junio que el capitán Andreas con un destacamento saliese para Presas á traer todo el trigo que pudiese hallar. Regresaba este oficial con veintitrés mulas cargadas de grano, cuando se encontró el 8 de aquel mes con fuerzas superiores de los realistas, que apresaron el cargamento dando muerte á todos los que lo custodiaban, con excepción del capitán Andreas, á quien se hizo gracia de la vida á condición de servir en las filas españolas. Este desastre redujo la ya pequeña guarnición del fuerte á ciento trece hombres, de los que noventa y tres cubrían los reductos, y los veinte restantes guardaban los almacenes. Además, el teniente coronel Myers y el comisario Bianchi, desavenidos con Sardá, se habían retirado al destacamento de la barra, y el primero fué sustituido por el oficial francés Dagassan en el mando de la artillería, consistente en nueve piezas de diversos calibres.

<sup>1</sup> Véase esta comunicación en la *Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos*, tomo VI, pág. 890.

Arredondo, como antes dijimos, apareció con su división en los primeros días de junio, y después de acampar en San José, estableció una batería en la orilla izquierda del río. Rompiéronse los fuegos de ésta el 11 de aquel mes, y se sostuvieron sin interrupción hasta el 13, aunque sin causar daño notable en el fuerte. El capitán de ingenieros Lasalle y el de igual graduación Metternich, del 1.<sup>er</sup> regimiento, se pasaron á los realistas invitados por Andreas, y el primero de estos oficiales informó ampliamente á Arredondo de las condiciones del fuerte y de sus elementos de defensa. El mayor Sardá convocó entonces una junta de guerra, en la que todos los oficiales cruzando sus espadas juraron defenderse hasta lo último <sup>1</sup>.

El día 14 trescientos hombres de caballería, pertenecientes al ejército sitiador, pasaron el río y se ocultaron en unas malezas con el propósito de apoderarse del ganado que pacía cerca del fuerte, pero descubiertos, fueron batidos y rechazados por una guerrilla de veintiséis hombres. Para suplir el escaso número de sus soldados, Sardá destinó algunos á cargar los fusiles mientras los demás los disparaban: mil fusiles cargados y con bayoneta estaban siempre listos, lo mismo que todos los cañones. La noche del mismo 14 los realistas, por consejo de Lasalle, plantaron una batería en la orilla izquierda del río, á tiro de fusil de la fortaleza, y con ella rompieron un terrible fuego desde las tres de la mañana del siguiente día. Los disparos incesantes de los cañones de Arredondo impedían á los defensores proveerse de agua, no obstante la proximidad del río; y entonces fué cuando una mujer mexicana, exponiéndose con grande heroísmo á un riesgo eminente, logró sacar alguna agua y llevarla en medio de un diluvio de balas á los sedientos soldados.

Ya en la mitad del día, los cañones del fuerte estaban desmontados, y en los muros se observaba amplísima brecha; las tropas realistas tocaron al asalto, y á poco se presentaron en columnas cerradas. Sardá y los suyos pudieron en tan crítico momento montar de nuevo algunos cañones, que cargaron con metralla, y dejaron que se acercase el enemigo. Las columnas avanzaron al grito de *¡viva el rey!* que fué contestado por los del fuerte con las aclamaciones de *¡viva la libertad, viva Mina!* y con una descarga que dejó tendidos á muchos de los asaltantes. Retrocedieron con gran confusión, pero volvieron de nuevo á la carga, y otras dos veces fueron rechazados; intimóse rendición á Sardá, pero éste respondió que estaba resuelto á volar el fuerte con todos sus repuestos de pólvora y municiones antes que rendirse. «Sin embargo, dice Robinson en sus *Memorias*, por heroica que fuese esta defensa, la guarnición era demasiado débil para sostener por más tiempo una lucha tan desigual, sin reposo, ni refresco, porque el trabajo

<sup>1</sup> *Memorias de Robinson*, pág. 143. — Alamán sigue en esta parte la relación de Robinson.

incesante y la sed los había abatido extraordinariamente. La artillería era casi del todo inútil; muchos de los artilleros habían sucumbido, y la infantería estaba tan cansada que apenas había hombre que pudiese sostener el fusil. En esta deplorable situación los reclutas se alarmaron, y algunos de ellos huyeron del fuerte. El fuego cesó algún tiempo por ambas partes, como si se hubiese ajustado un mutuo convenio. La pérdida que habían sufrido las tropas reales les indicaba el peligro que corrían intentando otro ataque contra una plaza defendida por hombres que acababan de demostrar tanto valor y tan heroica constancia.»

Alarmado Arredondo por la amenaza de los independientes de volar con su inmenso depósito de pólvora antes que rendirse, y urgido por la escasez de víveres que sufrían sus soldados, envió un nuevo parlamentario al intrépido Sardá, quien después de consultar con sus oficiales, respondió que todos estaban dispuestos á morir antes que ceder á vergonzosas condiciones. Fué y volvió varias veces su emisario, hasta que se llegó á convenir una honrosa capitulación, asegurando el enviado de Arredondo, en nombre de éste y bajo su palabra de honor, que serían fielmente cumplidas las condiciones ajustadas. Estas consistían en considerar á los del fuerte como prisioneros de guerra, concediéndoles el sueldo correspondiente á su grado respectivo, y debiendo los oficiales quedar en libertad bajo palabra de honor; esta capitulación comprendería también á los que formaban el destacamento que se hallaba en la barra; la propiedad particular sería respetada; los extranjeros quedaban en libertad para regresar á los Estados Unidos en primera oportunidad, y los mexicanos podían volver á sus casas sin ser molestados por el partido que habían tomado á favor de la expedición, y finalmente, la guarnición entregaría las armas, después de salir con los honores de la guerra.

«Aceptadas estas condiciones, dice Mr. Robinson en la obra que hemos citado varias veces, el oficial español volvió á decir, en presencia de toda la guarnición, que estando autorizado por el brigadier Arredondo para acceder á los artículos que le pareciesen convenientes, empeñaba su palabra de honor, en nombre de su jefe, de que las condiciones de la capitulación que tenía en las manos serían escrupulosamente cumplidas. El mayor Sardá estaba persuadido de que la palabra de un oficial realista solemnemente empeñada, si era hombre de honor, ofrecía mayor seguridad que un documento escrito y firmado por un hombre sin honor, porque si había interés en violar el contrato, nada era más fácil que romper un documento: por consiguiente, manifestando una ciega confianza en la honra del oficial, era más probable que fuese cumplida la capitulación. Por eso no insistió en que la firmase el brigadier Arredondo.» Así fué como se entregó el fuerte de Soto la Marina el mismo día, y casi á la misma hora en

que Mina rechazaba á Armiñán en la hacienda de Peotillos.

Grande había sido la pérdida de los realistas durante el corto aunque empeñado asedio del fuerte, y algún historiador afirma que ascendió á trescientos hombres muertos y á mayor número de heridos. Por eso fué intensa la admiración de Arredondo y los suyos cuando vieron salir de las fortificaciones á treinta y siete hombres, que eran los que tenía Sardá al entregar las armas. También depuso las suyas el destacamento de la barra, donde se hallaban el teniente coronel Myers y el capitán de marina Flooper.

En los dos primeros días, los realistas aparentaron cumplir fielmente la capitulación, y los oficiales felicitaron á Sardá y á su tropa por el valor de que habían dado pruebas al rechazar los asaltos intentados contra el fuerte, pero al tercer día se les puso una guardia, y muchos de ellos fueron destinados á enterrar los muertos y demoler las fortificaciones. Poco después, fué conducida al campamento realista una partida de veintiocho soldados que al mando del teniente Flutchinson había sido sorprendida en Altamira, desde el 3 de junio, por el teniente coronel don Felipe de la Garza, y como Arredondo declaró que no estaban aquéllos comprendidos en la capitulación, fueron todos pasados por las armas, haciendo fuego al teniente Flutchinson estando tendido en el suelo, por no permitirle ponerse en pié las graves heridas que antes había recibido.

Diez días después de la capitulación, los valientes defensores de Soto la Marina fueron conducidos en cuerda á Altamira y encerrados en la cárcel, pero en virtud de orden directa comunicada por el mismo virey al coronel Quintero, fueron asegurados con grillos y llevados á Veracruz por la Huasteca y por Pachuca. Esta larga caminata fué un lento martirio para los infelices prisioneros: aunque iban á caballo, el peso de sus cadenas, la falta de alimentos sanos y el calor excesivo, les causaron crueles enfermedades. Algunos desfallecían en el camino, y entonces sus guardianes los ataban fuertemente al caballo; otros, exaltados hasta el delirio, pedían á gritos la muerte; y los restantes, con resignación estoica, proseguían su forzada marcha y sufrían en silencio las infinitas privaciones de que eran víctimas en los lugares destinados á pasar las noches. Así llegaron por fin á Veracruz, de donde se les trasladó en seguida, encadenados de dos en dos, á los horribles calabozos de San Juan de Ulúa: allí soportaron increíbles sufrimientos, pues aparte de la humedad permanente de sus negras mazmorras, se les cercenaba con frecuencia el escaso alimento, y cuando alguno enfermaba no era separado de su compañero de cadena. Muchos de los prisioneros sucumbieron á tan bárbaro trato, ora en el camino de Soto la Marina, ora en los pestilentes y espantables calabozos de Ulúa, y los más fuertes, pero también menos venturosos que sus compañeros, fueron conducidos á

España, donde se les repartió de cuatro en cuatro en diversos presidios, en los que continuaron sufriendo insupportables tormentos <sup>1</sup>.

Apodaca en esta ocasión no justificó su fama de generoso y compasivo, y al contestar á Arredondo el parte en que éste sostenía que sólo había concedido á los rendidos la garantía de la vida, y aun esta gracia sometida á la resolución superior, lo amonestó duramente por no haber mandado pasarlos por las armas de conformidad con sus *respectivas prevenciones*. El 2 de agosto (1817) volvía á escribir el virey á Arredondo extrañándole de que no hubiese fusilado á los prisioneros de Soto la Marina, y le participaba que en la misma fecha prevenía al coronel don Cayetano Quintero que *amarrase y enviase* de Altamira á Veracruz, unos por Tampico y otros por Pachuca, á todos aquellos *malvados* <sup>2</sup>. Así Arredondo, con la infracción de un convenio

<sup>1</sup> «Los calabozos del castillo de San Juan de Ulúa en que estas víctimas fueron encerradas son espantosos sobre toda ponderación. Situados á catorce piés de profundidad, sólo reciben una opaca luz por una reja pequeña inmediata al techo. La humedad es permanente, y como el suelo está debajo de la superficie del mar, el agua entra fácilmente abriendo agujeros, por los que también se introducen los cangrejos. Los presos recibían muy bien á éstos y se alimentaban con su carne. El número de personas encerradas en tan pequeño espacio corrompió el aire y produjo graves dolencias. Los centinelas solían desmayarse al abrir las puertas y respirar aquellos efluvios. La ración diaria era de cuatro onzas de pan, tres de arroz y tres de legumbres. A veces se les cercenaba, y á veces era tan mala por la falta de sal y el poco aseo, que sólo la extraordinaria debilidad podía obligarlos á comer otra cosa que el pan. En vano pidieron que se separasen los enfermos de los sanos: indistintamente fueron encadenados de dos en dos, y al abrir una mañana la puerta del calabozo se vió que dos habían espirado aquella noche. Cuando, por fin, venía la orden de separar á un enfermo, era conducido al hospital con cadenas, las cuales no se le quitaban sino cuando la muerte había dado fin á sus tormentos. De este modo murió un ciudadano de los Estados Unidos, cuyos últimos días fueron tan cruelmente amargados por el mal trato que le dieron los realistas, que no nos atrevemos á referir los horribles pormenores. Baste decir, para terminar este lamentable episodio de nuestra historia, que de treinta y siete oficiales y soldados que capitularon en Soto la Marina y de otros treinta extranjeros de la división de Mina, que antes y después de la toma del fuerte cayeron en poder de las tropas reales, treinta, á lo menos, murieron en el camino de Veracruz, en Altamira ó en los calabozos de San Juan de Ulúa. Los pocos que sobrevivieron á estos horrores fueron embarcados para España, á fin de que el gobierno dispusiera de su suerte. En su navegación á la península fueron malísimamente tratados, excepto dos que se enviaron desde la Habana en el bergantín de guerra español *Ligero*, mandado por el capitán Martínez. Este benévolo oficial se portó con ellos humanísimamente, les quitó los hierros y les dió bien de comer.» (*Memorias de la revolución de México*, por W. Davis Robinson, págs. 150 y 151, edición de 1824). — Véase también *Cuadro histórico* de Bustamante, tomo IV, pág. 152, teniendo en cuenta que este último autor se hallaba entonces también preso en Ulúa y fué testigo presencial de lo que refiere. — Alamán habla someramente de estas atrocidades cometidas con los prisioneros (véase su *Historia de México*, t. IV, pág. 593), y nada dice de la injustificable violación del convenio de Soto la Marina, garantizado con la palabra de honor del oficial comisionado por Arredondo.

<sup>2</sup> Véanse esas dos comunicaciones de Apodaca en la *Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos*, tomo VI, págs. 894 y 895. — Robinson en sus *Memorias* dice que los prisioneros al llegar á Altamira y temiendo seguir siendo víctimas de la infracción de la capitulación, trataron de escaparse para marchar luego al puerto de Tampico, donde creían fácil hallar algún buque que los llevara al extranjero; pero que, vendido su secreto ó sospechosos sus guardianes de lo que tramaban, fueron cargados de cadenas. Alamán, siguiendo á Robinson, dice: «los prisioneros fueron conducidos á Altamira, y habiendo intentado escaparse para apoderarse en Tampico de algunos buques en que embarcarse, fueron asegurados con prisiones y llevados por el camino de la Huasteca hasta Pachuca, y de allí á Veracruz el castillo de San Juan de Ulúa.» Las comunicacio-

ajustado con su aprobación y garantizado solemnemente por la palabra de honor del oficial que intervino á su nombre en aquel acto, y Apodaca, con sus crueles disposiciones contra los bravos defensores de Soto la Marina, hicieron á un lado todo principio de honor y de humanidad, y envenenaron más los odios y rencores que tan profundamente separaban ya á los mexicanos de sus antiguos dominadores. Y cubrióse también de oprobio y mengua el siempre mal intencionado gobierno de Fernando, al decretar más tarde el perpetuo ó indefinido cautiverio de los que sobrevivieron entre aquellos que confiaran en la palabra de honor de los mismos oficiales realistas. Con sobra de razón exclama con este motivo el historiador de la expedición de Mina: «No hay sutileza política que baste á paliar una infracción tan inhumana y positiva de la buena fe de los tratados, ni hay gobierno en Europa que se atreva á decir, en la época presente, que no está obligado á cumplir un tratado revestido de todas las solemnidades de una capitulación y sancionado con la palabra de honor de un funcionario autorizado á empeñarla <sup>1</sup>.»

Quedó también prisionero en Soto la Marina, el presbítero doctor don Servando Teresa de Mier, quien, momentos antes de que comenzase á tratarse de la capitulación del fuerte, se presentó á un oficial del ejército real, llevando en la mano un ejemplar de la proclama en que Arredondo ofrecía indulto á todo el que se presentase abandonando las filas de la expedición y manifestándole que se pasaba al ejército real. De nada le sirvió su estratagema, porque dos días después de la rendición del fuerte (17 junio de 1817) fué cargado de cadenas, y escoltado por veinticinco hombres, al mando del capitán Ceballos, se le hizo marchar montado en una mula con dirección á Pachuca. En el camino cayó con su cabalgadura y se fracturó el brazo derecho; de Pachuca fué llevado á la fortaleza de San Carlos de Perote, y de allí á México, donde quedó desde luego á disposición del virey, quien lo sometió á la jurisdicción unida que le había abierto proceso desde el momento en que fué aprehendido en Soto la Marina. Pero la Inquisición, á su vez, le formó causa <sup>2</sup> y lo reclamó, y en consecuencia

nes oficiales que hemos citado en el texto y al principio de esta nota demuestran que no la supuesta conjuración de los prisioneros, sino la orden directa del virey, que nada dice del intento á que se refieren ambos autores, fué la causa de que se cargase de grillos en Altamira á los valientes defensores de Soto la Marina.

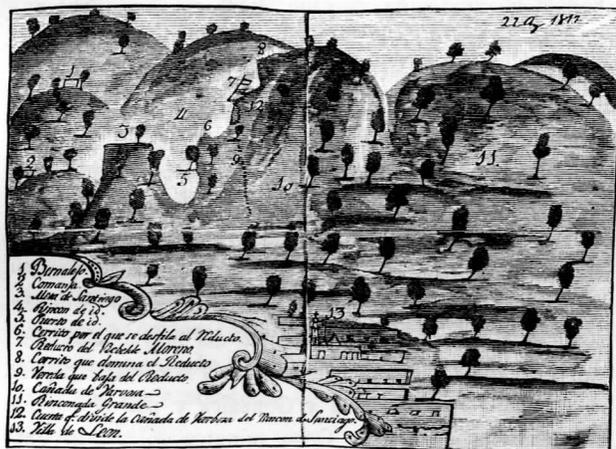
<sup>1</sup> *Memorias* de Robinson, pág. 154, edición de 1824. Londres. — Véase también, respecto de la capitulación convenida y aprobada por Arredondo, la declaración de don Servando Teresa de Mier ante el tribunal de la Inquisición. (*Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos*, tomo VI, pág. 813).

<sup>2</sup> Alamán afirma en su *Historia*, tomo IV, pág. 593, edición de 1851, «que la Inquisición no formó causa ninguna al padre Mier, y que éste fué tratado con singular consideración, habiéndosele proporcionado libros y permitiéndole escribir, con lo que empleó todo el tiempo de su prisión en redactar las *Memorias* de su vida y otros escritos curiosos.» Respecto de la primera afirmación convence de lo contrario la publicación de la causa formada por aquel tribunal y por las jurisdicciones unidas, que aparece en el tomo VI de la *Colección de documentos* de J. E. Hernández Dávalos, págs. 638-944; y en cuanto á la *singular consideración* con que fué tratado Mier por

Apodaca mandó suspender los procedimientos de la jurisdicción unida, y puso al reo en poder de aquel célebre tribunal, en cuyas cárceles secretas entró el 13 de agosto (1817). Voluminoso y curiosísimo es el proceso instruido por la Inquisición al padre Mier, y en las piezas que lo forman se descubre el despejado ingenio de ese personaje, su altivo carácter, su azarosa y aventurera existencia, y los servicios que hizo á la independencia de México. Mier languideció en las cárceles secretas de la Inquisición hasta fines de mayo de 1820, en que fué de nuevo entregado al virey por haberse suprimido el Tribunal de la Fe, en virtud del triunfo de la Constitución. Entonces Apodaca lo desterró arbitrariamente á la península, pero al llegar Mier á la Habana, hacia fines de aquel año, logró huir á los Estados Unidos de América, de donde volvió á México, ya consumada la independencia.

Tiempo es ya de que volvamos á seguir al ilustre Mina, á quien hemos dejado en el capítulo anterior unido, el 24 de junio (1817), con los independientes que defendían el fuerte del Sombrero.

El cerro de ese nombre en que se alzaban las forti-



Sierra de Comanja y sus alrededores. — Copia de un dibujo hecho en la época de la independencia, cuyo original pertenece al señor don Juan E. Hernández Dávalos.

ficaciones construídas por don Pedro Moreno, pertenece á la Sierra de Comanja, que separa hoy entre sí, en determinada parte de su línea limitrofe, á los Estados de Jalisco y Guanajuato. Alta y escarpada aquella eminencia, que debe su denominación á la forma especial de su cima, está situada á diez y ocho leguas al noroeste de la ciudad de Guanajuato, y á seis al norte de la de León. Su defensa consiste principalmente en las fuertes pendientes que por todas partes la rodean, con una inclinación de 45 grados, y en el borde de su cumbre, que es una sucesión, apenas interrumpida, de abruptos é inac-

los inquisidores, quienes lo tuvieron encerrado tres años en sus cárceles secretas, bastará leer algunos documentos comprendidos en la causa, en los que el supuesto reo se queja de la desnudez, miseria y desamparo á que estaba sujeto, para reducir á sus justos límites la hiperbólica apreciación de Alamán á favor del Santo Tribunal de la Fe.

cesibles peñascales. Al norte del cerro del Sombrero, y á tiro de fusil, se halla la mesa ó cerro de las Tablas, que le sobrepuja en altura; al oriente corre la profunda barranca de Barbosa, detrás de la cual se alza la Mesa de los Borregos; en dirección opuesta se encuentra la barranca del Rincón, y al sur se levanta el cerro de Negrete.

Los independientes habían cuidado de asegurar sus comunicaciones por el norte, con la Mesa de las Tablas, y por el sur, con el cerro de Negrete, formando en las sendas direcciones muros de adobe que defendían las dos veredas. En donde se interrumpía la línea de peñascos que circunvalaba la cima construyeron gruesos parapetos de piedra y barro, defendidos por profundos fosos y coronados por los cañones de menor calibre. Abajo de ese borde peñoso y donde la subida parecía menos difícil, se levantaron trincheras reforzadas con fosos y con las piezas de artillería de mayor alcance. La habitación del comandante, los almacenes, el hospital y las barracas en que se alojaba la tropa, se alzaban hacia el Sur de la cúspide convexa del cerro del Sombrero, y algunas otras chozas había esparcidas entre las rocas del fuerte. El número de piezas de artillería llegaba á diez y siete, antiguas y en su mayor parte inservibles y mal montadas, de calibre de dos á ocho; y la guarnición que defendía aquellas posiciones, antes de la llegada de Mina, no pasaba de doscientos ochenta hombres de infantería y caballería á las órdenes de don Pedro Moreno, don Encarnación Ortiz, don Miguel Borja y don Santiago González<sup>1</sup>. Unidos á ese número el de los indios que trabajaban en las fortificaciones y el de las mujeres y niños allí refugiados, llegaban á seiscientas personas las que ocupaban el cerro del Sombrero en los primeros días de junio de 1817.

Don Pedro Moreno, jefe de aquel punto, y que ya hemos nombrado varias veces en los capítulos anteriores<sup>2</sup>, nació en las cercanías de Lagos el año de 1775, y pertenecía á una distinguida familia de esa población. Había estudiado en el seminario de Guadalajara, y á fines del siglo anterior volvió al lugar natal, dedicándose al comercio y al cuidado de sus propiedades. La revolución de independencia halló en él y en casi todos los miembros de su familia ardientes partidarios, que fomentaron en Lagos y sus alrededores el sentimiento de insurrección contra los dominadores, y durante algún tiempo pudo Moreno, á pretexto de sus negocios de comercio, hacer frecuentes viajes á la provincia de Valladolid, siempre henchida de independientes, y mantener activas relaciones con los jefes que los comandaban. Pero ya en los primeros meses de 1814 las autoridades de Lagos vigilaban los pasos de Moreno, quien, conociendo el peligro en que se hallaba, marchó á Michoa-

<sup>1</sup> Este jefe fué padre del general don Refugio González. Alamán llama á aquél equivocadamente don Sebastián González.

<sup>2</sup> Véase final del cap. XIV, lib. II, pág. 482, y cap. IV, lib. III.

can con casi todos los efectos que tenía en su tienda, vendiéndolos allí, y receloso de la autoridad realista, no entró en Lagos y se quedó en su hacienda de la Saucedá, desde cuyo punto escribió á su esposa, diciéndole que estaba resuelto á tomar las armas en favor de la independencia <sup>1</sup>, dejándola en libertad para seguirle en la campaña ó para permanecer con sus hijos en Lagos. Era doña Rita Pérez, esposa de Moreno, una mujer de nobles sentimientos y ánimo esforzado, y prefirió los peligros de la guerra á la separación del hombre con quien había unido su suerte. Acompañada de sus hijos, que en su mayor parte no salían aún de la infancia, y de sus cuñadas y sirvientes, marchó en el mes de abril de 1814 á reunirse con su marido en la hacienda de la Saucedá, donde éste ya había armado y montado á muchos *rancheros* de las cercanías. Seguido de toda su gente, Moreno se dirigió á la Sierra de Comanja, en la que se hallaban los hermanos Franco al frente de una guerrilla; con éstos, y en compañía de nuevos correligionarios que se le presentaron, distinguiéndose entre todos don Santiago y don Manuel González, oriundos de Lagos también, sostuvo varias acciones con el jefe realista Galdámez, y largo sería referir los repetidos encuentros que empeñaron sus armas con las de los dominadores, desde que proclamó la independencia hasta mediados de 1817. Poco después de su alzamiento escogió el cerro del Sombrero para resistir los ataques del enemigo, y allí construyó las fortificaciones que hemos descrito más arriba.

En 1815, una de sus pequeñas hijas cayó en poder del jefe realista Brilanti, quien cuidó de ella con paternal esmero, y alguna vez que el general don José de la Cruz ofreció el indulto á Moreno, como el emisario encargado de ello instase al bravo insurgente porque lo aceptara, siquiera fuese por la niña que estaba en rehenes, contestó éste con noble entereza «que allí tenía otros cuatro hijos y que estaba resuelto á sacrificarlos todos por la patria.» Más tarde, en la toma de la Mesa de los Caballos, ocurrida en los primeros días de marzo del año á que hemos llegado en nuestro relato (1817), perecieron combatiendo con denuedo el mayor de los hijos de Moreno, joven de quince años apenas, y un hermano de este preclaro caudillo. Tal era el hombre con quien Mina acababa de unirse y que desde ese momento había de ser su fiel compañero en la prosperidad y en la desgracia.

Apenas hubo anunciado Mina á la junta de Taujilla su llegada al fuerte del Sombrero, supo el coronel don Encarnación Ortiz que una considerable fuerza enemiga había llegado á San Felipe, y en el acto dispusieron Mina y Moreno marchar á su encuentro. En efecto, el coronel don Cristóbal Ordóñez, comandante general de

Guanajuato, el oficial de igual grado Castañón y el teniente coronel Calderón, al frente de seiscientos cincuenta soldados, de los que cuatrocientos eran de caballería, habían llegado á aquella población con el intento de avanzar contra las fortificadas posiciones del Sombrero. Mina y Moreno organizaron violentamente una sección de doscientos cuarenta infantes y ciento cuarenta caballos, y el día 27 de junio (1817) salieron del fuerte con dirección á San Felipe pernoctando en Aldabalda. Al día siguiente 28 continuaron su marcha los independientes, y dos leguas antes de llegar á San Felipe descubrieron al enemigo que avanzaba por el camino real, no muy lejos de la hacienda de San Juan de los Llanos.

Mina dispuso primeramente emboscar sus soldados en las *cercas* del camino, pero observando que sus movimientos habían sido descubiertos por los realistas, cambió con rapidez su plan y decidió avanzar contra éstos acto continuo. Formadas sus tropas de infantería en dos columnas, una á sus inmediatas órdenes y otra al mando de Moreno, y apoyadas por la caballería comandada por Maillefer y Ortiz, quienes llevaban el cañón que fué tomado en Peotillos, marcharon intrépidamente al combate contra un enemigo, doble en número y mandado por jefes de gran renombre entre los dominadores. Ordóñez, por su parte, había formado sus tropas en batalla colocando á sus infantes en el centro, y en ambas alas la caballería con dos cañones de á 4 y de á 3, respectivamente. La infantería de los independientes hizo una descarga cerrada y siguió avanzando hacia el centro de la línea contraria; cuando estuvo más próxima hizo una segunda descarga y se arrojó á la bayoneta destrozando en pocos momentos á los infantes de Ordóñez. Entretanto la caballería, al mando del mayor Maillefer, cargaba violentamente sobre los jinetes realistas, apoyada por los mayores Márquez y González y por el coronel don Encarnación Ortiz. Ocho minutos solamente duró la acción conocida con el nombre de San Juan de los Llanos, aunque Moreno en parte oficial dirigido á la junta de Taujilla da á ese campo de batalla el de «rancho del Terrero.» En ella quedó completamente destrozada la división de Ordóñez, muriendo éste y Castañón con más de trescientos de los suyos, y quedando en poder de Mina ciento cincuenta y dos prisioneros, dos cañones, doscientos noventa fusiles y alguna cantidad de pertrechos. Los vencedores lamentaron la pérdida de ocho hombres muertos, entre ellos el valiente Maillefer, y veinticinco heridos. «El mayor Maillefer, decía Mina en su parte oficial á la junta de Taujilla, que tuvimos la desgracia de que muriese, cargó muy bien y muy á tiempo con la segunda compañía de húsares y primera de dragones, siguiéndole con mucha intrepidez el coronel Ortiz y mayor don Manuel González con algunos lanceros. El mayor Márquez se condujo con la serenidad de un militar acostumbrado á semejantes funciones. Todos los oficiales y tropa cumplieron muy bien

<sup>1</sup> Véase *Viaje á las ruinas del fuerte del Sombrero*, opúsculo escrito por don Agustín Rivera. — Lagos, 1875, imprenta de José Martín.

con su deber. Los americanos del Norte, á quienes se debe la batalla de Peotillos y que han servido de modelo para formar las demás tropas, no tuvieron necesidad de hacer ningún esfuerzo particular porque el enemigo resistió poco, y ya los demás cuerpos saben cargar como ellos <sup>1</sup>. Mina termina su parte manifestando á la junta que hasta entonces habia usado de las insignias de mariscal de campo, pero que somete á su decisión el empleo militar que debe ejercer, y la Junta acordó darle las gracias por la brillante acción del 28 de junio, autorizándole á seguir usando las divisas de mariscal de campo efectivo.

Por su parte, Moreno escribía también á la Junta de gobierno comunicándole el brillante triunfo que acababan de alcanzar las armas de la independencia:

«Una feliz casualidad, decía, proporcionó á la división del señor Mina, combinada con las que operan contra la provincia de Potosí, la oportunidad de batirse el 28 del pasado junio en el rancho del Terrero, camino para San Felipe. Esta acción ha sido muy gloriosa y su resultadó el más favorable para la República. La serie de acontecimientos y el detall de la jornada los manda á V. E. el señor Mina, y la nota de lo tomado al enemigo y de nuestra pequeña pérdida el señor coronel Noboa, jefe del Estado mayor. Dios guarde á V. E. muchos años. Comandancia general de la provincia de Potosí, en el Sombrero, 1.º de Julio de 1817.—Excelentísimo Señor.—*Pedro Moreno*.—Exmos. Sres. Presidente y vocales del gobierno provisional.»

La noticia de este triunfo fué celebraba con intenso júbilo en Jaujilla y las demás posiciones que quedaban á los independientes, y los cañones del fuerte del Sombrero saludaron con sus disparos el regreso de los vencedores, á quienes aclamaron con entusiasmo los que habian permanecido en él, sin poder participar de la gloria que sus compañeros de armas acababan de alcanzar en el Terrero.

Algunos días después volvieron á salir Mina y Moreno con dirección á la hacienda del Jaral, cuyo propietario, el marqués de ese título, don Juan de Moncada, habia hecho constante guerra á los independientes desde los primeros días de la revolución, y sostenido á sus expensas un regimiento del que fué nombrado coronel. Mina sabia que este rico propietario habia fortificado los edificios de su hacienda, defendiéndolos con trescientos de sus sirvientes, y que este número se engrosó con ciento cuarenta soldados realistas que pudieron escapar ilesos de la rota del Terrero. Resuelto á castigar á este declarado enemigo de la independencia, Mina llegó el 7 de julio (1817) á la vista del Jaral, de cuyo punto acababa de huir el marqués con los hombres

<sup>1</sup> Véase parte de Mina fechado el 1.º de julio en el fuerte del Sombrero y publicado en facsímile por el señor Hernández Dávalos en el *Boletín de la Sociedad mexicana de Geografía y Estadística*, 2.ª época, tomo III, págs. 144 y 145, y artículo adjunto del mismo señor Hernández Dávalos, en que pone de manifiesto las inexactitudes en que incurrió Robinson al escribir esta parte de su obra. Alamán sigue el inexacto relato de aquel autor.

de armas que le obedecían, dirigiéndose á San Luis Potosí. Ninguna resistencia tuvieron que vencer en consecuencia los independientes, y Mina, después de dictar órdenes severas para que no se hiciese daño alguno á los habitantes de la hacienda, se dedicó á inquirir el paradero de una considerable suma de dinero enterrada por el marqués en su misma casa, y habiendo comenzado á cavar en uno de los aposentos se encontraron desde luego algunos pesos, lo que hizo que se procediese con mayor empeño en la excavación, estando presentes el mismo Mina, Moreno, Ortiz y tres oficiales del Estado mayor. La suma extraída de aquel escondite ascendió á ciento cuarenta mil pesos, que fueron llevados en carretas hasta San Bartolo, y desde este punto al fuerte del Sombrero en asnos y mulas. Al llegar á esta última posición fué puesto el dinero en la caja militar, pero se halló disminuída la cantidad en treinta y tres mil pesos, que fueron sustraídos por algunos soldados de la escolta <sup>1</sup>. Este hecho de Mina ha sido censurado por algunos, pero basta recordar el activísimo participio tomado por Moncada á favor del gobierno español y en perjuicio de sus compatriotas, para considerar aquél ajustado á las duras leyes de la guerra. También llevó Mina consigo tres cañones que el marqués del Jaral dejó en su hacienda al huir velozmente hacia San Luis.

Dos comisionados de la junta de Taujilla, el doctor don José de San Martín y don Antonio Cumplido, esperaban á Mina en el fuerte del Sombrero, y á su vuelta lo felicitaron en nombre de aquella corporación manifestándole en los términos más cordiales la gratitud que le debía el gobierno provisional por sus importantes servicios. Tratóse en aquellas conferencias del plan de operaciones que debía adoptarse, y presente también el

<sup>1</sup> ALAMÁN.—*Historia de México*, tomo IV, págs. 585 á 587, y *Memorias de Robinson*, págs. 124 á 131. Este último autor se difunde con este motivo en pormenores ajenos de la historia. El marqués del Jaral, en informe que elevó al gobierno vireinal, valorizaba la pérdida que sufrió entonces del modo siguiente:

Dinero acuñado. . . . .	183,300 pesos fuertes.
Barras de plata y ropas. . . . .	86,000 » »
Géneros de los almacenes. . . . .	30,000 » »
Maíz. . . . .	5,000 » »
150 bueyes á 14 duros. . . . .	2,100 » »
	306,400 pesos fuertes.

«Es muy posible, añade Robinson, que el marqués haya perdido la suma que resulta de la cuenta anterior, pero no fué la que cayó en manos de la división, y también se puede asegurar que dos de los renglones mencionados son enteramente falsos. Si el marqués ha presentado esta cuenta al gobierno vireinal, no sólo ha faltado á la verdad, sino se ha portado poco generoso con Mina. Supongamos que cualquier jefe patriota hubiera estado victorioso en el Jaral, ¿cuáles hubieran sido las consecuencias, según la práctica uniforme de los patriotas y realistas en semejantes ocasiones? ¿Se hubiera respetado la propiedad y refrenado los desórdenes de la tropa? ¿No hubieran sido saqueadas la hacienda y las casas de los dependientes? ¿No hubieran quedado vacíos los almacenes y los graneros, y robados todos los ganados? Y después de cometer estos excesos ¿no hubieran terminado poniendo fuego á la hacienda y á todo lo que no hubieran podido llevarse?... Así, pues, si Moncada sufrió realmente la pérdida mencionada, no se debe atribuir toda á Mina; quizás sus mismos dependientes se aprovecharon de la ocasión, y sabiendo que sería muy fácil atribuir á los soldados de aquél toda clase de excesos, se hicieron dueños de lo que los vencedores habian respetado.»

presbítero don José Antonio Torres, quien tenía el grado de teniente general y el mando de las numerosas guerrillas diseminadas al sur de la sierra de Comanja y provincia de Valladolid, se convino en seguir sosteniendo los puntos fortificados, esto es, las posiciones del Sombrero y de los Remedios, cerca de Pénjamo, y no obstante la mayor graduación del padre Torres, acordóse también que Mina ejerciera el mando superior, manifestando el primero que en consideración á los talentos militares y á la fama que á éste distinguían, no vacilaba en someterse á sus órdenes y en poner á su disposición los seis mil hombres que le obedecían directamente. Sin embargo, notaron los circunstantes que causó secreto despecho en el padre Torres la distinción que se había concedido á Mina, y según consigna Robinson en sus *Memorias*, al terminar la junta en que se adoptó tal resolución, el coronel Young dijo á otro de los oficiales:—«Me parece que debemos confiar en todos los jefes patriotas, excepto en el padre Torres; veo la envidia pintada en su rostro; nos engaña; es preciso desconfiar de él, pues de seguro es enemigo de nuestro valiente general.»

Mina expuso extensamente, en esa ocasión y con ardorosa elocuencia, los motivos que le habían impulsado á abrazar la causa de la libertad mexicana; aseguró de su adhesión al gobierno provisional, declarando que estaba pronto á morir por la independencia de México; explicó el plan de campaña que se había propuesto adoptar, y concluyó recomendando á los jefes allí congregados la necesidad de introducir y conservar en las tropas la disciplina militar, encareciendo á todos, como prenda segura de victoria, la unión y la concordia enderezadas al objeto patriótico de combatir y vencer al enemigo común. Y dando ejemplo de estos sentimientos levantados ordenó al coronel Noboa, jefe de su Estado Mayor, que acompañase al padre Torres para dirigir las fortificaciones de los Remedios en el cerro de San Gregorio, y dió ocho mil pesos á este jefe independiente para que enviase al Sombrero las provisiones que necesitaban sus constantes defensores. Los comisionados volvieron á Jaujilla, y Torres regresó á los Remedios, prometiendo al general en jefe el pronto envío de abastecimientos y de auxilios de gente, armas y pertrechos <sup>1</sup>.

Mientras que Mina organizaba del mejor modo posible su pequeña división y pedía, correo tras correo, auxilios de soldados y armas á la junta de Jaujilla y al padre Torres, quien, no obstante sus promesas, sólo envió cien soldados al mando del coronel Borja, el gobierno vireinal desplegaba todos sus recursos para contrastar al denodado campeón que había señalado hasta entonces su marcha con una serie continua de victorias. Esperaba Apodaca que la división mandada por Armiñán bastase á destrozarle, pero la noticia de la batalla de Peotillos le desengañó por completo, obligándole á formar un verdadero cuerpo de ejército que debía

marchar al encuentro del intrépido navarro. Agujaron la actividad del virey las repetidas órdenes que recibió en aquellos días del gobierno español, quien sabiendo que Mina había salido de los Estados Unidos con dirección á las costas de México, prevenía que todo se pusiese al objeto de perseguirle hasta alcanzar su completo exterminio. En los primeros días de julio (1817) salieron de la capital hacia Querétaro, lugar señalado para la reunión del cuerpo de ejército, varios batallones y escuadrones; otros partieron de diversos puntos para concentrarse en esa ciudad, y el mariscal de campo don Pascual de Liñán, nombrado comandante en jefe de la división, recibió la orden de disponer de las demás tropas que se hallasen en las provincias circunvecinas. La completa derrota de los realistas en el campo del Terrero y la muerte que allí encontraron Ordóñez y Castañón redoblaron la diligencia y esfuerzos del gobierno vireinal. Una proclama de Apodaca, publicada el 12 de julio, después de referir someramente, aunque con notable inexactitud, la marcha de Mina y las acciones de guerra por él sostenidas hasta entonces, lo declaraba traidor á la patria y al rey, sacrilego malvado, enemigo de la religión y perturbador de la tranquilidad del reino, que estaba á punto de afirmarse en todos sus ámbitos. Y teniendo en cuenta «la destrucción, asesinatos, robos y desgracias que ese perverso había hecho en Real de Pinos, Valle del Maíz y varias haciendas,» mandaba, bajo pena de muerte y confiscación de bienes, que nadie lo auxiliase en manera alguna; prometía una gratificación de quinientos pesos al que lo entregase, y otra de cien por cada uno de los que le seguían; ofrecía la gratificación y el indulto al mismo Mina, si se presentase, y una de cincuenta pesos y pasaporte para salir del país á los individuos de su tropa que con armas ó caballo se acogieran al indulto.

Que los triunfos sucesivos de Mina alentaron á los partidarios de la independencia en la misma ciudad capital del vireinato, dícelo el autor de las *Memorias de la revolución de México*, obra escrita á raíz de los sucesos que refiere, y en ella se hallan consignadas las dificultades que se oponían á esos partidarios para secundar los esfuerzos que desplegaba el valiente general en los campos de batalla: «Los extraordinarios sucesos que de Mina se referían en México animaron tanto á los patriotas de esa ciudad, que se reunían en los cafés, hablaban sin rebozo de aquellas noticias y expresaban abiertamente sus deseos y temores, en términos que el gobierno hubo de saberlo y adoptó severas providencias contra algunas personas distinguidas. No por esto, sin embargo, cesaba ni disminuía la fermentación... En aquel caudillo veían un hombre en quien podían confiar, y á quien estaba reservada la gloria de plantar la bandera de la libertad en la capital de la colonia. Y no eran solamente los criollos los que así pensaban; muchos españoles miraban con entusiasmo á Mina, y lo único que

<sup>1</sup> *Memorias de Robinson*, págs. 131 á 134.

sentían era verlo al frente de un número tan reducido de soldados, pues nada podían llevar á cabo para auxiliarlo, sometidos como se hallaban á un gobierno absoluto, sin exponer á sus familias á todos los horrores de la persecución y de la venganza. Estas eran las consideraciones que estorbaron por entonces un movimiento en favor de la causa que Mina había venido á defender; mas los patriotas de México y de otras ciudades populosas deseaban sinceramente que saliese victorioso y estaban prontos á unirsele en la primera ocasión favorable.»

No se ocultó á Mina el movimiento de concentración de tantas tropas enemigas contra el *Bajío*, y particularmente contra la serranía de Comanja, y desde el 14 de julio avisaba á la junta de Jaujilla que hacia el rumbo de San Felipe se hallaba una fuerte división realista, y le pedía refuerzos para salir á su encuentro; algunos días después comunicaba á la misma junta las noticias que había adquirido respecto del número de tropas con que Liñán intentaba atacar las posiciones del Sombrero, y escribía también al padre Torres en demanda de auxilios, recibiendo de éste cien hombres al mando del coronel Borja, según hemos dicho más arriba <sup>1</sup>. Sabiendo entretanto que la villa de León estaba débilmente guarnecida se propuso intentar una sorpresa, y en la tarde del 26 de julio salió del Sombrero con dirección á aquel lugar, seguido de cuatrocientos soldados de caballería é infantería.

Rápidamente marchó la columna de Mina, y al llegar á los suburbios de León, en horas avanzadas de la noche, arrolló impetuosamente una avanzada del enemigo y entró tras ella hasta cerca de la plaza, logrando ocupar á viva fuerza uno de los cuarteles. Sin embargo, el fuego de cañón y de fusilería dirigido por los defensores de la villa era vivísimo y mortífero, pues Mina había sido mal informado respecto del número de éstos, que en aquel momento ascendía á mil, bajo las órdenes de los coroneles Falla y Andrade. No obstante la desproporción numérica, los independientes se batieron durante gran parte de la noche con impávido valor, y sólo retrocedieron cuando cayó herido mortalmente á la cabeza de una de las columnas el mayor don Gabriel Márquez, que tanta bravura había mostrado un mes antes en el campo del Terrero. Al amanecer dispuso Mina la retirada, consistiendo su pérdida en ciento ocho hombres entre muertos, heridos y prisioneros <sup>2</sup>. La de los realistas fué mucho mayor, contándose también en ella los prisioneros que tomó Mina en el cuartel de las Animas, y á quienes puso poco después en libertad, en tanto que los aprehendidos por los realistas fueron fusilados al siguiente

día. Este imprudente y desgraciado combate, aparte de menguar un tanto el prestigio militar de Mina, debilitó los elementos de defensa que tan necesarios le serían en breve para la defensa del Sombrero.

En efecto, el mariscal de campo Liñán llegó á Querétaro el 8 de julio y se ocupó en fortificar la ciudad para ponerla al abrigo de un asalto; luego propuso al virey salir á la cabeza de todas las tropas disponibles en busca de Mina, apenas llegase á Querétaro el primer batallón de Zaragoza. Aprobada su resolución por Apodaca, se encaminaron hacia esa ciudad y sus alrededores todas las tropas que debían operar al mando de Liñán, y llegó á León una gruesa brigada desprendida del cuerpo de ejército de Cruz, al mando del brigadier don Pedro Celestino Negrete. Entró Liñán en la provincia de Guanajuato hacia mediados de julio, habiéndole precedido Orrantía y Ráfols, que se situaron en Dolores y San Felipe; Negrete, á quien se dió el nombramiento de segundo en jefe, recibió orden de marchar con todas sus tropas de León hacia el norte cuando se le previniese; y el coronel Ruiz, jefe del batallón de Navarra, fué situado en Silao con instrucciones de conservar expedita la comunicación con Querétaro. Negrete salió de León con parte de sus fuerzas para avistarse con Liñán en Silao, á fin de combinar el plan de ataque, y ya hemos visto que Mina, creyendo que aquella villa había quedado débilmente guarnecida, la atacó durante la noche del 26 y fué vigorosamente rechazado.

Apenas hubo vuelto este caudillo á las posiciones del Sombrero, la división realista se movió desde sus acantonamientos, y el 31 de julio se presentó á la vista de los independientes. Mina comunicaba al padre Torres este importante suceso en los siguientes términos:

«A esta hora, que serán las dos y cuarto del día, se ha avistado Liñán á este fuerte, al que parece trata de atacar en combinación con Negrete. He tenido noticias de que una columna de ochocientos á mil hombres, que salió ayer de los Altos para la Tlachiquera, ha retrocedido hoy á su punto de partida, lo que parece indicar que viene á reforzar á Liñán. Sería muy conveniente que reuna V. E. sus mejores tropas para atacar vigorosamente á Guanajuato ó á los que intentan acometernos en caso de que formalicen el sitio, quedando á la elección de V. E. el punto que presente menos obstáculos, á fin de obtener un resultado favorable. Salud y Libertad. Sombrero, á 31 de Julio de 1817.—*Javier Mina*.—Excelentísimo Señor Teniente general Don José Antonio Torres.»

Y luego añadía, en postdata, lo siguiente:

«Se me van los ojos tras del ejército enemigo que está subiendo, por el gusto que me da ver marchar la tropa en tan buen orden <sup>1</sup>.»

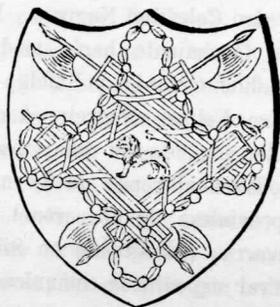
Fuerte de dos mil seiscientos hombres con catorce cañones era la división realista que se presentó ante el

<sup>1</sup> Documentos inéditos de la *Colección* de J. E. Hernández Dávalos.

<sup>2</sup> Parte de Mina á la junta de Jaujilla. (Documento original que pertenece al señor Hernández Dávalos). Alamán asienta equivocadamente que Mina atacó á León durante la noche del 27 de julio.

<sup>1</sup> Documento inédito en la *Colección* de J. E. Hernández Dávalos.

Sombrero el 31 de julio, habiéndose situado antes el teniente coronel Ráfols con mil soldados de infantería y caballería entre Silao, León y Guanajuato, á fin de prevenir cualquier ataque que contra esta ciudad intentase dirigir el padre Torres ó algún otro de los guerrilleros del *Bajío*. Liñán dividió sus tropas en tres secciones: la primera, al mando inmediato del brigadier Loacés y formada de seiscientos diez y siete infantes y quinientos caballos, se situó en la altura dominante del cerro de las Tablas, y con ella el cuartel general; la segunda, compuesta de doscientos cincuenta infantes de Toluca y trescientos ochenta y cuatro dragones de distintos escuadrones, á las órdenes del brigadier Negrete, ocupó el



Sello particular del general Mina

cerro situado al sur y al que por este motivo se dió desde entonces el nombre de aquel jefe; y la tercera, mandaba por el coronel Ruiz y su segundo Orrantia, fuerte de cuatrocientos sesenta y tres infantes y trescientos setenta y nueve jinetes, tomó posición en la ladera opuesta de la barranca de Barbosa, hacia el oriente de las fortificaciones del Sombrero. Dentro de éstas, el número de defensores apenas ascendía á setecientos; la artillería, aunque numerosa, se hallaba inservible en su mayor parte; los víveres eran escasos para la guarnición y el número grande de mujeres, niños é individuos inermes allí refugiados; y la falta de agua era completa, pues para proveerse de este precioso líquido, necesario fuera bajar al arroyo que corría por el fondo de la barranca de Barbosa y exponerse á los tiros de la sección mandada por el coronel Ruiz.

Desde la madrugada del 1.º de agosto los cañones de Liñán rompieron vivísimo fuego sobre las trincheras del Sombrero, al que contestaron los independientes causando considerable pérdida en las filas de los sitiadores<sup>1</sup>. En las primeras horas del día 4 los realistas atacaron denodadamente los parapetos del cerro por tres puntos distintos: los batallones de Navarra y Zaragoza lograron llegar hasta cerca de las trincheras, pero fueron recibidos con un nutrido tiroteo que les forzó á replegarse, después de perder al comandante de Zaragoza, don

Gabriel Rivas, y á otros sesenta hombres entre muertos y heridos. Mina se portó en esta refriega con su acostumbrada bizarría, y armado de una lanza dió ejemplo de bravura á sus soldados en los momentos decisivos del asalto. Escarmentados los sitiadores con este descalabro no intentaron nuevos ataques durante algunos días, y adoptaron el plan de continuar cañoneando los parapetos é impedir la bajada de los contrarios á la barranca de Barbosa en busca del agua.

Mina, entretanto, dirigía una y otra carta al padre Torres pidiéndole auxilio de víveres y excitándole nuevamente á marchar contra Guanajuato, á fin de dividir la atención y las fuerzas de los sitiadores, y le recomendaba también la conveniencia que resultaría si las guerrillas que le obedecían impidiesen el abastecimiento de las tropas realistas. «Para evitar la continuación del bloqueo de este fuerte, le decía el 2 de agosto, será necesario que V. E., reuniendo todas sus fuerzas, marche contra Guanajuato impidiendo toda comunicación entre Silao, León y los sitiadores, y circule órdenes á todos los comandantes subalternos para que impidan á su vez toda entrada de víveres en esas poblaciones y en el campamento de Liñán, castigando con la última severidad á los contraventores. El mejor modo de obligar á los sitiadores á retirarse es, sin disputa, atacar vigorosamente á Guanajuato, centro de sus recursos: este movimiento les hará ver que procedemos con unión; que nuestros movimientos no son efecto del acaso, sino de combinaciones exactas y reguladas por la prudencia; y que, por último, nos socorreremos mutuamente sin dejarnos perecer como ellos mismos vociferan.» Y dos días después, el 4 de agosto, le decía: «Hace cuatro días que estamos rigurosamente sitiados por Liñán, Orrantia y Negrete: hace tres que carecemos de agua, teniendo que tomar la que bebemos á costa de la sangre de nuestros mejores oficiales y soldados, y aunque con éste son cuatro los correos que envió á V. E. solicitando su ayuda y que se intercepten las víveres al enemigo, no hemos observado hasta la presente ningún movimiento que prometa esperanza; por tanto, del patriotismo de V. E., visto el estado de las cosas que le represento en pocas palabras, depende la salud de la República, que pongo en las manos de V. E., seguro de que no tendré que arrepentirme.»

En efecto, la falta de agua desde los primeros días del sitio y la escasez de víveres, que cada vez fué mayor, hicieron sufrir cruelmente á los defensores del Sombrero; la provisión que de la primera había hecho cada uno antes del asedio se consumió bien pronto, y era preciso tomarla del arroyo á costa de mucha sangre; la esperanza de las lluvias se había frustrado, pues para mayor angustia casi todos los días aparecían en el horizonte hinchadas nubes que descargaban á mucha distancia ó en los puntos ocupados por los realistas, pero ninguna sobre la cima del Sombrero. Solamente una vez (el 6 de agosto) cayó un aguacero, y los sedientos sitiados tuvie-

<sup>1</sup> Véase parte de Mina dirigido al padre Torres y publicado en el *Diccionario universal de historia y geografía*, artículo Comanja. El parte original se halla en poder del señor Hernández Dávalos.

ron agua para algunas horas, calmándose un tanto la aflictiva situación que ofrecía el fuerte, pero entonces se agravó el hambre y hubieron aquéllos de matar á los caballos, asnos y perros que tenían para alimentarse con su carne. No ignoraban estas dificultades los realistas, y varias veces algunos oficiales del batallón de Zaragoza se acercaron á hablar con Mina, que se asomó á lo alto de los muros, y trataron de persuadirle de su apurada situación, terminando por invitarle á pasarse á las filas del rey. Mina les respondía con franqueza, manifestándoles los motivos que le habían impulsado á seguir las banderas de la independencia, á cuya sombra estaba resuelto á vencer ó morir <sup>1</sup>.

Tres noches después de la tentativa hecha por el enemigo para apoderarse del fuerte, esto es, en la del 7 de agosto, Mina se dirigió al frente de doscientos cuarenta hombres hacia el campamento de Negrete, cuyos reductos atacó y tomó personalmente con un pelotón de treinta soldados de la guardia de honor y del regimiento de la Unión, pero no le siguieron los demás de su pequeña columna, y los realistas, recobrados de su asombro, cargaron contra él con numerosas fuerzas obligándole á retroceder y á dejar algunos heridos, que fueron fusilados por los realistas al siguiente día.

Este descalabro, la escasez de víveres y de agua y la falta de cooperación por parte del padre Torres, no obstante las repetidas instancias que le había hecho por escrito, obligaron á Mina á reunir una junta de guerra manifestando á los oficiales que la formaron lo crítico y apurado de la situación y pidiéndoles consejo. La junta resolvió que el mismo general saliese del fuerte en compañía de los coroneles Borja y Ortiz para que al frente de todas las guerrillas que hallase en los contornos y unido á un cuerpo de mil hombres, que según los últimos informes se había aproximado á las líneas sitiadoras trayendo á su cabeza al coronel Noboa, cayese sobre éstas y procurase forzarlas á levantar el sitio <sup>2</sup>. Cumpliendo

<sup>1</sup> Véase la obra de Robinson, pág. 165. — Alamán dice que Mina manifestó á los oficiales realistas que su objeto era el restablecimiento de la Constitución, privando á Fernando VII de los recursos que sacaba del país para sostener su autoridad despótica, y que, habiéndolo oído los mexicanos del fuerte, esto contribuyó á aumentar la desconfianza que muchos tenían de la sinceridad de sus intenciones. — Don Agustín Rivera, en el opúsculo que publicó en Lagos, (1875), con el título de *Viaje á las ruinas del fuerte del Sombrero*, afirma que en una de esas entrevistas Mina dijo á gritos al oficial realista Pasos que *no defendía la causa de los independientes, sino la causa liberal de España*, añadiendo que *no amaba á los americanos ni mucho ni poco*. Aparte de que las palabras y hechos de Mina durante su rápida campaña contradicen abiertamente la afirmación de ese autor, necesario sería para admitirla convenir en que Mina carecía del tacto más elemental para manifestar á gritos su despego hacia aquellos que le estaban oyendo y que formaban la mayor parte de los defensores del fuerte. A mayor abundamiento, tenemos á la vista unos apuntes escritos por el general don Refugio González, niño entonces, y que se hallaba con su padre, el coronel don Santiago González, dentro del fuerte del Sombrero, en los cuales refuta con sólidas razones y con la autoridad de testigo presencial la afirmación de don Agustín Rivera.

<sup>2</sup> Parte de Mina dirigido á la junta de Jaujilla con fecha 10 de agosto de 1817. (Este documento inédito se halla en la *Colección* de J. E. Hernández Dávalos). — En esa comunicación oficial nada dice el general respecto del jefe que quedó mandando en el Som-

Mina el acuerdo de la junta de guerra, salió del fuerte en la noche del 8 de agosto, siguiéndole los coroneles Borja y Ortiz y quedando la guarnición del fuerte á las órdenes de don Pedro Moreno. Pudieron burlar los tres animosos jefes con sus respectivos asistentes la vigilancia de los sitiadores, gracias á la oscuridad y al recio viento que á la sazón soplabá, pero grande fué su sorpresa al día siguiente no hallando al cuerpo de tropas de Noboa, por lo que Mina resolvió proteger, al frente de las tropas que pudiese reunir, la salida de los del fuerte, «no obstante, dice en su parte oficial á la junta de Jaujilla, lo mucho que con el abandono de esa posición iba á perderse en dinero, cañones y pertrechos; en buenos oficiales heridos que no podrían marchar; y sobre todo, en la opinión que tanto influye en la guerra.» Pero antes de ordenar la evacuación quiso introducir algunos víveres y agua, escoltándolos con cien hombres y yendo acompañado de Borja y Ortiz, pero no pudo lograrlo, y después de un reñido combate (noche del 12 de agosto) se vió obligado á retirarse perdiendo casi todos los víveres, que cayeron en poder de las tropas de Liñán.

Al mismo tiempo el padre Torres, que había salido de sus posiciones de San Gregorio llevando algunas provisiones á los independientes del Sombrero, fué rechazado por Ráfols en las llanuras de Silao, y retrocedió maltrecho, á su punto de partida. Mina, al saber este descalabro, hizo llegar al fuerte su orden para que fuese abandonado.

Los sufrimientos de la guarnición aumentaron más y más después de la salida de Mina. El agua faltaba absolutamente <sup>1</sup>, los víveres se habían agotado y las municiones disminuían rápidamente, por lo que los defensores resolvieron economizar sus disparos. Habiéndolo notado Liñán y sabiendo que Mina se hallaba ya fuera de la

brero, pero permaneciendo allí el mariscal de campo Moreno, creemos enteramente arbitraria la afirmación de Robinson y de Alamán, que lo sigue en esta parte, al decir que el coronel Young quedó con el mando de las armas.

<sup>1</sup> «Mina y Moreno habían creído que los fuegos del fuerte protegerían la toma del agua: fallidos sus cálculos, creyeron que la falta era muy fácil de repararse, supuesto que, estando en la época de las lluvias, se haría abundante provisión de las que el cielo les enviara. Pero pasaron los días; la corta cantidad del líquido reservado en el aljibe común y en poder de los individuos se agotó al cabo, aunque cuidado con esmero, y comenzaron terribles padecimientos. Los niños, las mujeres, los hombres más débiles perdieron la fuerza y el sentido; unos lloraban, los otros, sin vigor para manejar las armas, corrían por todas partes como insensatos. En balde se distribuía para mitigar los horrores de la sed una ración de *meacal*, y se recurrió á chupar el jugo de algunas plantas; aquellos licores irritaban más las desecadas fauces y producían nuevos y espantosos males. Los más arriesgados bajaban á la barranca á ver si burlaban la vigilancia del enemigo, y casi siempre pagaban su temeridad con la vida. Se aprovechaban también las noches oscuras; pero sentidos por la larga fila de los centinelas realistas, apenas podían llenar alguna pequeña vasija, que sólo servía en el fuerte de avivar el deseo de cuantos no podían alcanzar algunas gotas. La lluvia era el único recurso, el remedio ansiosamente esperado. Las nubes se presentaban en el horizonte, subían, engruesaban, ocultaban el sol y formaban sobre Comanja un negro dosel; llenos los corazones de esperanza y de ansiedad, sin hacer caso del incesante fuego del contrario, los habitantes del fuerte, sin apartar los ojos, seguían obstinadamente el movimiento de los vapores; preparaban cuantos utensilios tenían propios para recoger agua; sacaban las imágenes de los santos y les dirigían fervientes é incantesmas oraciones;

posición, determinó atacarla receloso de que se evadiesen también los que quedaban aún dentro de sus parapetos. En tan críticas circunstancias Moreno y el coronel Young enviaron dos parlamentarios al general español en solicitud de una capitulación, pero éste se negó á conceder otras condiciones que las de una entrega á discreción<sup>1</sup>. Cumpliendo su propósito, Liñán mandó efectuar el asalto en la tarde del 15 de agosto. Protegidas por los fuegos de sus baterías marcharon denodadamente las columnas realistas hasta llegar á los fosos de las trincheras avanzadas, pero fueron recibidas con nutridos disparos que las desordenaron, no obstante los esfuerzos de los oficiales que excitaban á las tropas con su voz y con su ejemplo; en estos momentos cayó un fuerte aguacero, y creyendo Liñán que las armas de fuego de los defensores se habrían inutilizado por este motivo, mandó volver á la carga; resonaron de nuevo los tambores y clarines, y las columnas ascendieron otra vez llevando preparadas las escalas; por fortuna para los independientes se despejó el cielo y cesó de llover, pudiendo hacer uso de sus armas, y fué tal el fuego que hicieron que los asaltantes se retiraron precipitadamente, á pesar del estímulo que les ofrecía el mismo general en jefe Liñán presentándose en los lugares de mayor peligro. Más de doscientos hombres entre muertos y heridos tuvieron en este porfiado ataque las tropas del rey, en tanto que la pérdida de los independientes fué corta, defendidos como se hallaban por sus parapetos; pero lamentaron la muerte del teniente coronel don Manuel González y la del valiente coronel Young á quien una bala de cañón llevó la cabeza, ya en los últimos momentos del combate.

No cambió, empero, la desesperada situación de los sitiados la heroica defensa que hicieron de sus parapetos en la tarde del 15 de agosto. Aparte de los sufrimientos que les habían affligido desde el principio del asedio añádióse otro muy grave después de aquel combate: el insoportable hedor que producían tantos cadáveres insepultos y que llenaban los fosos de las trincheras avanzadas. Sin esperanzas de recibir auxilio ninguno, faltos de víveres, de agua y municiones, y sabiendo que el mismo Mina había ordenado la evacuación del fuerte, muchos de los defensores lo abandonaron durante las cuatro

el chubasco iba á caer, ¡vana esperanza! las nubes impelidas por el viento dejaban caer avara y desdenosamente algunas gotas en el recinto de la fortaleza, y se desataban á torrentes á pocos pasos, en el campamento español y en los vecinas llanuras de León. Las mujeres guardaban tristemente sus vasijas, se dejaba sin rezo á los santos y volvían á los labios las imprecaciones de la desesperación.» (*Diccionario uniceersal de historia y geografía*. México, 1856, artículo *Comanja*).

<sup>1</sup> «Pensó entonces Young en evacuar el fuerte, dice Robinson en sus *Memorias*, y mientras se hacían los preparativos para ello se presentó en el alojamiento de don Pedro Moreno para concertar el plan de salida. Estaba á la sazón este jefe con algunos de los oficiales mexicanos y el mayor Mauro, que entonces mandaba la caballería. Habiendo oído la proposición del coronel, le respondieron que el fuerte podía sostenerse aún y que ellos lo defenderían sin necesidad de los norte-americanos. Palabras que ofendieron á Young sobremanera, quien declaró que también defendería la posición hasta lo último y que sucumbiría antes que rendirse.»

noches que siguieron á la embravecida refriega del día 15. Casi todas las mujeres y los niños que dentro de él se hallaban, y entre éstos parte de la familia de Moreno, salieron con grandes dificultades exponiéndose á caer en manos de los sitiadores<sup>1</sup>. Preciso fué al resto de la guarnición hacer lo mismo, y Moreno dispuso que la salida se efectuase en las altas horas de la noche del 19. Enterróse el poco dinero que había en las cajas, destruyéronse las armas que no era posible llevar, se clavaron los cañones, y quedaron abandonados en el hospital los heridos y enfermos, quienes al ver partir á sus hermanos de armas pedíanles que les quitasen la vida para no morir á manos de los realistas, y otros se cubrían el rostro con las manos para no pronunciar el último adiós. Los que marchaban, convencidos de que era imposible llevar consigo á tantos infelices, en su mayor parte heridos gravemente, evitaban también una cruel y eterna despedida. A las once de la noche se movió la guarnición marchando á la cabeza don Pedro Moreno y el coronel don Juan Davis Bradburn, pero algunas mujeres que habían quedado en el fuerte se adelantaron á la columna y quizás no guardaron el necesario silencio, pues que percibiendo los soldados de Navarra la masa informe que formaban los sitiados, dieron la voz de alarma arrojando cohetes de luz como estaba prevenido y haciendo nutrido y mortífero fuego. Entonces se introdujo espantosa confusión: los disparos de fusil y de cañón en medio de la oscuridad; los gritos de las mujeres y los niños; los lamentos de los heridos y las voces de mando de los jefes se mezclaban en aquella noche sin que fuese posible concierto ninguno en medio de tan horrible y completo desorden. Don Pedro Moreno, el coronel Bradburn y algunos más hasta el número de cincuenta lograron ponerse en salvo á favor de la niebla que envolvía esa noche la sierra de Comanja; otros, y fueron los más, retrocedieron hasta el fuerte, hallándose entre ellos los coroneles don Santiago González y don José del Fierro y la esposa é hijos pequeños de Moreno; pero casi todos los antiguos soldados de la división de Mina, extraviados en las asperezas de la sierra, fueron acuchillados en las

<sup>1</sup> «En la barranca del Rincón había un lugar que permitía el descenso en línea recta. A la media noche se ponía una persona en pié sobre una peña, atada de la cintura con la extremidad de una soga, y era descolgada por medio de varias sogas y recibida abajo por un indio. Este había trepado antes por las peñas con la ligereza de un gato, y había recibido la suma correspondiente á las personas que iba á extraer, á razón de veinticinco pesos cada una. Cuando ya habían sido descolgadas dichas personas, el indio se ataba á la cintura un cordel, los fugitivos se asían de éste para no extraviarse y comenzaban á andar con el menor ruido posible por las veredas que conocía muy bien el conductor. Cuando el indio oía algún ruido ó creía oírlo, se echaba en tierra imitándole los que le seguían hasta que nada se escuchaba. Así caminaban hasta alejarse de las líneas sitiadoras, retirábase el indio y cada cual marchaba por donde le parecía mejor. De esta manera se escaparon don Manuel Orozco, don Manuel Zermeño, don Rafael Castro y don Pascual, doña Isabel, doña Ignacia y doña Nicanora Moreno, hermanos de don Pedro; la esposa de éste no se atrevió á ser descolgada con sus pequeños hijos por temor de que llorasen y fuesen descubiertos por el enemigo. Resolvió, pues, quedarse en el fuerte, y junto con sus hijos esperar allí la muerte. (*Viaje al fuerte del Sombrero*, por don Agustín Rivera, pág. 44).

primeras horas del día 20 por la caballería realista al mando de los tenientes coroneles Bustamante (don Anastasio) y Villaseñor.

Liñán, apenas amaneció el 20 de agosto (1817), marchó al fuerte seguido de algunas compañías de Zaragoza y de Navarra, y aunque los fugitivos que habían vuelto á él la noche anterior le opusieron alguna resistencia, pudo vencerla prontamente, quedando prisioneros el coronel Fierro, que fué inmediatamente fusilado; el de igual graduación don Santiago González, que logró escapar de una muerte segura, gracias á su ánimo arrojado, y que huyendo por peligrosos despeñaderos se reunió al cabo de algunos días con el infatigable Moreno; la esposa é hijos de éste, y la familia de González<sup>1</sup>, así como doscientos soldados, siendo estos últimos fusilados en los dos días que siguieron á la entrada de los realistas en el fuerte. Los heridos y enfermos que había en el hospital no fueron respetados por el vencedor, quien ordenó que se les pasase por las armas; pudiendo asegurarse que el número total de fusilados en el fuerte y de muertos por la caballería de Bustamante y Villaseñor ascendió á cuatrocientos cincuenta<sup>2</sup>. «Hubo en los regimientos españoles de la división de Liñán, dice Robinson en sus *Memorias*, muchos oficiales que se opusieron á tan crueles órdenes, y suplicaron al general que suspendiese la ejecución de los prisioneros hasta recibir la aprobación del virey. Aunque aquél se mostró inexorable, ellos intercedieron hasta lo último en favor de aquellos desventurados. Después se supo que había llegado el perdón concedido por el virey; pero era tarde.»

Antes de recibir la muerte, los prisioneros fueron

<sup>1</sup> La esposa é hijos de Moreno, así como la de don Santiago González y sus pequeños hijos Refugio y Felipe, fueron llevados presos á León, obligándoles á andar á pié parte del camino, y en seguida á Silao, en calidad de detenidos bajo la vigilancia del capitán don Pedro Pasos, que por sus atenciones y cuidados les hizo más llevadera su triste situación. Los hijos de González, Refugio y Felipe, estuvieron algunos meses en la cárcel de Irapuato, y tanto éstos como la madre, y la esposa é hijos de Moreno, no fueron puestos en completa libertad hasta el mes de junio de 1819. (Véase opúsculo de don Agustín Rivera intitulado *Viaje al fuerte del Sombrero*, San Juan de los Lagos, 1878). Hemos tenido también á la vista apuntes inéditos del general don Refugio González.

<sup>2</sup> Alamán dice que en la persecución perecieron casi todos los que salieron con Moreno, y que los heridos y enfermos fueron fusilados, y que igual fin tuvieron los prisioneros que hizo Liñán al posesionarse del fuerte, añadiendo que estos últimos serían más de doscientos y que sólo se perdonó á las mujeres y á los muchachos, y que ni el soldado que indicó donde estaba enterrado el dinero alcanzó gracia. En la parte que el teniente coronel Revuelta, comandante realista de Lagos, dirigió á don José de la Cruz, comunicándole la ocupación del cerro del Sombrero, se lee lo siguiente: «... No podré expresar á V. E. el pormenor de nuestros enemigos, pero de los extranjeros que vinieron con Mina convienen todos en que á lo sumo deben existir cosa de veinte; los demás murieron en las diversas ocasiones que intentaron salir, con treinta y cinco ó cuarenta más que ví fusilar antes de ayer y ayer. El número de prisioneros del país llegó á cosa de cuatrocientos, de los cuales se han pasado por las armas como trescientos.» El parte oficial de Liñán dice, además, que todos los prisioneros fueron fusilados, excepto las mujeres y los niños. En vista de todo esto, no nos parece exagerado afirmar que los independentes que sucumbieron en el Sombrero, en el combate de la noche del 19 de agosto, en la persecución que hizo Bustamante y pasados por las armas, fueron cuatrocientos cincuenta.

obligados á trabajar durante dos días en la destrucción de las fortificaciones del Sombrero, en las que hallaron los realistas veinte piezas de artillería, cuatrocientos fusiles y una gran cantidad de útiles de guerra, no siendo muy abundantes las balas de cañón, cartuchos y pólvora que hallaron en los reductos. El día 22 de agosto la división realista abandonó aquel campo de desolación y muerte marchando contra las fortificaciones levantadas por el padre Torres en el cerro de San Gregorio.

Después de haber intentado Mina abastecer el fuerte del Sombrero, aunque con adverso resultado, y de ordenar á sus defensores que rompiesen el cerco, se dirigió con cien hombres de caballería al cerro de San Gregorio, y á su paso entre León y Silao encontró un cuerpo de doscientos enemigos, que logró desbaratar en pocos momentos, quedando en el campo el jefe que lo comandaba. Llegó al cerro de San Gregorio el 17 de agosto, dos días antes de la evacuación del fuerte del Sombrero, y halló al padre Torres ocupado en fortificar aquel punto, abastecerlo y disponer la defensa, pues presumía fundadamente que el ejército real, después de tomar posesión del cerro del Sombrero marcharía á atacarle sin demora. Atendiendo los consejos de Mina ordenó Torres á todos los comandantes que le obedecían en la zona de su mando, que intentasen auxiliar la salida de los que defendían aún aquel fuerte, pero apenas se había expedido esa disposición llegó la noticia del triunfo de Liñán, y Mina supo algunos detalles del pavoroso desastre en que acabaron sus fieles y probados compañeros de armas. Afligióle sobremanera el triste fin de sus antiguos camaradas, y forzado á cambiar su plan acordó con Torres que éste se quedaría en San Gregorio, mientras que él á la cabeza de un cuerpo de caballería, y unido con don Encarnación Ortíz, Huerta y otros comandantes, recorrería la comarca circunvecina, hostilizando á los realistas é impidiendo que éstos recibiesen víveres, al mismo tiempo que intentaría meter en el fuerte los más que pudiese. En consecuencia de este acuerdo, Mina dejó en San Gregorio todos los soldados extranjeros que habían logrado reunirse después del desastre del día 19, aunque bien reducido era su número, y salió de aquel punto situándose desde luego en el campo de los Reyes. Desde este lugar escribía á Torres el 1.º de setiembre, que según noticias fidedignas á él comunicadas, Liñán aseguraba que en breve y sin grande esfuerzo se haría dueño de la fortaleza de los Remedios, pues que algunos de los que la guarnecían estaban dispuestos á entregarla. «Cuidado, mucho cuidado, añadía Mina, con los de adentro y los de alrededor del fuerte. Ponga usted su confianza en el señor Zárate y en don Pablo, y á éstos puede usted decirles que yo lo digo. También son de fiar el doctor y los americanos. Yo tengo cerca de mil hombres, y respondo con mi cabeza que si no toman el fuerte por medio de alguna intriga y se ven en la precisión de estar algún tiempo en las inmediaciones del fuerte, aca-

baré con ellos. Ahora obraré con actividad para llamarles la atención mientras se concluyen las obras que yo delineé. En Remedios podemos acabar con ellos; pero cuidado con las traiciones. Están hambrientos y mil veces peor que nosotros. Circule usted una orden rigurosa para que sean aprehendidos todos los que desertan de la división que yo mando ahora; que se me obedezca bajo pena de perder los jefes sus comandancias, y que se organice otra fuerza de tres á cuatrocientos hombres para reponer las pérdidas y mantener en pié la división, mientras el enemigo trata de atacar el fuerte; que yo procuraré buscar dinero para sostenerla <sup>1</sup>.” •

Estas seguridades de triunfo que Mina consignaba en su correspondencia con Torres, deben verse más bien como estímulo, para que no desmayasen los defensores de San Gregorio, que como expresión de una confianza que no era posible que alentase, en vista de los escasos elementos de que podía disponer. En la hacienda de la Tlachiquera se unió con la guerrilla de don Encarnación Ortiz, y con diez y nueve hombres de su antigua división que habían escapado de las matanzas ordenadas por Liñán en el Sombrero. Luego que el general los vió, y creyendo que eran en mayor número, corrió á abrazarlos, preguntándoles con ansia dónde estaban los demás. La respuesta fué:—“Han perecido.”—Esta noticia fatal afligió intensamente á Mina, y los que lo observaban, vieron que no pudo contener las lágrimas por sus antiguos compañeros que habían desaparecido para siempre <sup>2</sup>. Recobrando prontamente su natural serenidad, se ocupó en organizar del mejor modo posible las fuerzas que le seguían, y el 3 de setiembre atacó y tomó la hacienda fortificada del Bizcocho, defendida por un destacamento realista de setenta hombres que no quisieron rendirse. Toda la guarnición cayó prisionera, y por primera vez dió oídos Mina á la venganza, ordenando que fuesen fusilados treinta y uno de los que formaban aquel destacamento y que la hacienda se entregase á las llamas. “Para evitar nuevas atrocidades, dice Robinson en sus *Memorias*, era preciso castigar las cometidas. Mina, sin embargo, detestaba este espíritu de represalias, y esta ocasión fué la única en que se le puede echar en cara una severidad excesiva.” Poco antes de este combate, unióse á Mina el distinguido patriota don José María Liceaga, antiguo miembro de la junta de Zitácuaro y del Congreso de Chilpancingo, quien después de la disolución de este cuerpo político había vivido oculto en una de sus haciendas del *Bajío*.

Antes de seguir Mina en sus rápidas y atrevidas excursiones por la intendencia de Guanajuato, debemos decir lo que pasaba en el ángulo suroeste de la misma, donde se hallaba Torres afrontando al ejército de Liñán. El cerro de San Gregorio se levanta en una

cordillera situada cuatro leguas al poniente de Pénjamo. Desde la llanura en que se asienta esta población el suelo va ascendiendo lentamente hacia aquella montaña hasta el punto llamado Tepeyac, que es el de mayor altura, y en el que los independientes construyeron un fuerte que vino á ser la llave de la posición; desde allí el terreno desciende hasta volverse á levantar en otra eminencia llamada Panzacola; el espacio comprendido entre uno y otro punto estaba cubierto por diversas obras, y el perímetro, que defendía una serie de parapetos, levantados en los puntos que no se hallaban resguardados naturalmente por despeñaderos y profundísimos barrancos, se cerraba en el fortín de la Cueva. Por el fondo de una barranca colocada hacia el poniente corría un arroyo, casi bajo los muros del fuerte, y dentro del recinto había pozos que aseguraban abundante provisión de agua á los sitiados, quienes, además, contaban con grandes abastecimientos de víveres. Hacia la parte norte de la posición se alzaban algunas alturas dominantes, y frente al baluarte de Tepeyac erguíase el cerro del Bellaco, pero era tan áspero el camino para llegar á la cima de todas esas eminencias, que los independientes creyeron imposible que el enemigo colocase allí sus baterías. La posición toda recibió el nombre de fuerte de los Remedios, y el número de sus defensores ascendía á mil quinientos, hallándose entre ellos don Manuel Muñiz, de siniestra memoria, quien después de haberse indultado tres meses antes y de contribuir eficazmente á la muerte del bravo don Víctor Rosales <sup>1</sup>, había vuelto á empuñar las armas por la independencia, alentado por las victorias que alcanzó Mina en su marcha desde Soto la Marina hasta el *Bajío*. El mando superior de los Remedios lo tenía el padre Torres, pero las obras de defensa habían sido dirigidas por el coronel don Diego Noboa, jefe de Estado Mayor del general Mina.

Liñán y Negrete se presentaron ante las fortificaciones de los Remedios el 31 de agosto (1817). La infantería realista se situó en la parte opuesta de los barrancos, formando campos atrincherados frente á los baluartes del fuerte; de uno y otro lado de las eminencias ó crestones en que aquélla se colocó corrían profundas barrancas, y de este modo Liñán estaba asegurado contra los ataques que intentasen dirigir á su línea, de un lado los sitiados, y del otro la caballería de Mina. También estos hundimientos del terreno protegían á los sitiados de los asaltos de los sitiadores. A pesar de la áspera subida que llega hasta la cima del Bellaco, los realistas pudieron allanarla y allí colocaron una batería que empezó á disparar sus fuegos sobre el reducto de Tepeyac; otras baterías quedaron establecidas frente á los fortines de la Libertad, Santa Rosalía y la Cueva; y al lado adyacente del costado que defendía el escarpado punto de Panzacola se formó un campo atrincherado con dos cañones y dos obuses. Enfrente de todos los pun-

<sup>1</sup> Véase facsímile de esta carta. El original se halla en la *Colección de documentos* de J. E. Hernández Dávalos.

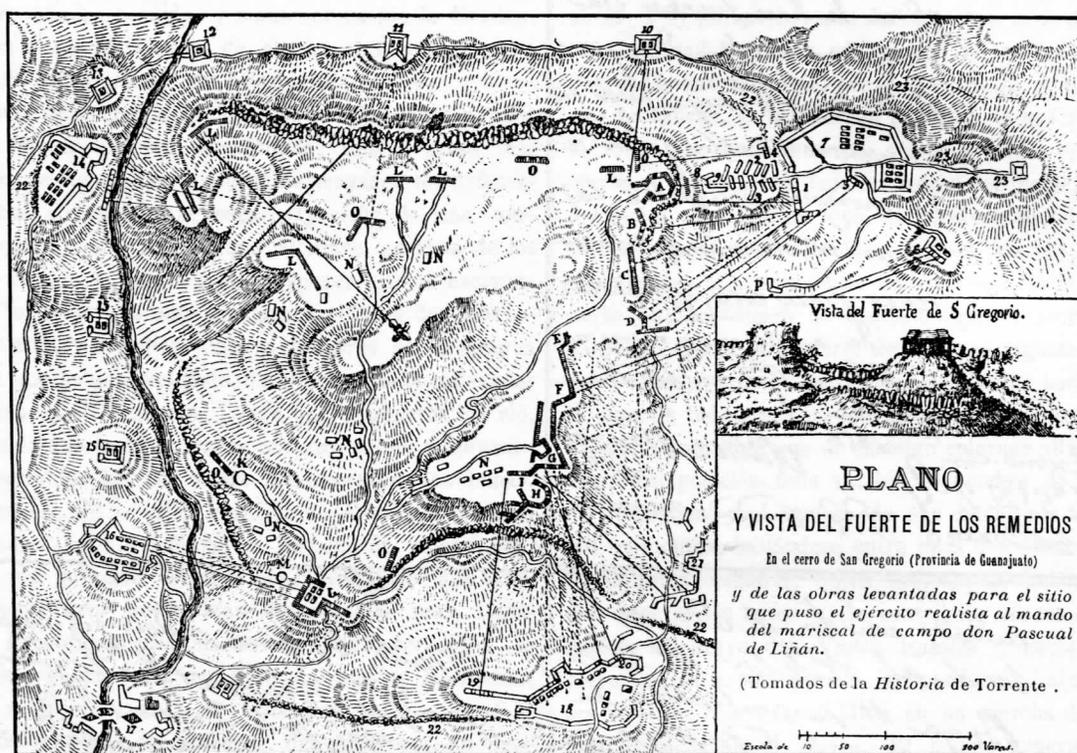
<sup>2</sup> *Memorias* de Robinson, pág. 186.

<sup>1</sup> Capítulo IV, lib. III.

tos por los que podía efectuarse una salida, se situaron fuertes destacamentos, y la caballería acampada en el llano recibió la orden de proteger la llegada de los convoyes de víveres, quedando un cuerpo de esa arma en León á las órdenes de Andrade para observar los movimientos de Mina, y perseguirle cuando fuese conveniente. El número de los sitiadores, aumentado con el regimiento de la Corona, el batallón de Fernando VII y otros

refuerzos, ascendió á seis mil desde los primeros días del asedio.

Sostenido fué el fuego de fusilería que dirigieron los realistas desde el 1.º de setiembre, sin que produjera gran daño en los sitiados. A medida que los primeros iban estableciendo sus baterías, rompían nutrido cañoneo, y desde el 13 de setiembre la situada en el cerro del Bellaco lanzó sus disparos contra el reducto de Tepeyac,



A. Baluarte llamado Tepeyac. — B. Escarpado con una batería. — C. Cortina con una tronera. — D. Baluarte de Santa Bárbara. — E. Idem de San Cristóbal. — F. Rediente llamado de *Varas*. — G. Idem de la Libertad. — H. Torreón de Santa Rosalía. — I. Brechas abiertas. — J. Fortín de la Cueva. — K. Malacate para subir agua. — L. Parapetos. — M. Ojos de agua abundantes. — N. Hospital, maestranza, fundición y edificios. — O. Troneras con piezas de pequeño calibre. — P. Garita fortificada.

#### POSICIONES DE LOS REALISTAS

1. Batería de San Fernando. — 2. Ramales de trinchera en Peña Viva. — 3. Parapeto para flanquear el camino cubierto. —

4. Batería de San Antonio. — 5. Idem de Santiago. — 6. Idem del Rey. — 7. Campamento atrincherado del primer batallón de *Zaragoza* y del primero *Americano*. — 8. Puesto avanzado de dicho campo en donde se empezó la mina. — 9. Trinchera. — 10. Batería de Santa Isabel. — 11. Campo del regimiento de la *Corona*. — 12. Puesto avanzado de idem. — 13. Destacamentos. — 14. Campo atrincherado de la división de Nueva Galicia. — 15. Destacamentos de idem. — 16. Batería de la Victoria, y campo atrincherado del batallón de *Fernando VII*. — 17. Campamento de caballería. — 18. Campo atrincherado del batallón de *Navarra*. — 19. Batería de Enfilada. — 20. Idem del Tigre. — 21. Idem de Apodaca. — 22. Talas de árboles. — 23. Cerro del Bellaco.

ADVERTENCIA. — Las líneas de trazos cortados indican fuegos de los sitiados, y las seguidas fuegos del ejército realista.

como ya dijimos, y sobre la cortina que unía á éste con el cerro inmediato. Tres días después, Liñán creyó llegado el momento de intentar el asalto y ordenó á Ráfols que lo diese al frente de las compañías de preferencia de los cuerpos, procurando llamar por varios rumbos la atención del enemigo. En efecto, tres columnas avanzaron con denuedo hacia otros tantos puntos, pero fueron recibidas con espantoso fuego y con enormes piedras rodadas que las desordenaron obligándolas á retirarse con pérdidas considerables. Acudió en seguida el general sitiador al medio de abrir una mina abajo del fuerte de Tepeyac, pero esta operación fué mal dirigida

y produjo poco efecto, por lo que se dispuso un nuevo asalto al mando del coronel Ruiz, que fué tan infructuoso como el primero, y en el cual sufrieron nuevas pérdidas los sitiadores. En cambio, los sitiados deploraron la muerte del coronel Ortiz de Zárate, y la herida del teniente coronel Erdozaín, quien perdió un brazo en el primer asalto, habiendo causado estas desgracias el vivo cañoneo que sostenían las baterías al apoyar la marcha de las columnas.

Alentados con estas ventajas, resolvieron los sitiados atacar las baterías situadas en la altura del Tigre, cuyos fuegos hacían grandísimo daño á los reductos de

Santa Rosalía y de la Libertad. Para llevar á cabo este atrevido intento salieron una noche los capitanes Crocker y Ramsey al frente de doscientos cincuenta soldados escogidos, y á favor de la oscuridad llegaron hasta tocar los cañones sin ser sentidos por los artilleros. Mientras que aquéllos se arrojaban intrépidamente sobre los cañones, el capitán Wolff, que había salido con cincuenta hombres y colocándose á la retaguardia, rompía nutrido tiroteo, poniendo al enemigo entre dos fuegos. Así acometidos los realistas, y creyendo que Mina era quien los atacaba por la espalda, huyeron despavoridos gritando:—*¡Mina, Mina!* Entretanto, los independientes destruyeron la batería, clavaron dos cañones y se llevaron otro, que arrojaron al fondo de un barranco. «Así se ejecutó, dice el autor de las *Memorias de la Revolución de México*, una empresa enteramente inesperada por el enemigo, aunque no fué de mucha importancia si se considera la poca pérdida sufrida por una y otra parte. El enemigo, sin embargo, reemplazó la artillería que había perdido, y limitó sus operaciones, por entonces, al cañoneo y al bloqueo. El daño que hacían sus fuegos en las obras del fuerte era inmediatamente reparado, y pudiera decirse que el sitio no producía grande incomodidad á los sitiados, porque á pesar de la vigilancia del enemigo, casi todas las noches entraban en el recinto fortificado campesinos de las cercanías, diestros y valientes, llevando pólvora y otros artículos de guerra, y las provisiones abundaban en los almacenes.»

En tanto que el fuerte de los Remedios resistía con tanto brío al numeroso cuerpo de tropas de Liñán, seguir debemos al valiente Mina hasta el término de su brillante carrera. Después de la ventaja que éste alcanzó en la hacienda del Bizcocho, marchó contra el pueblo de San Luis de la Paz, defendido por una guarnición realista de más de cien hombres, al mando del comandante Céspedes, quien se había hecho fuerte en la iglesia, el curato y las casas vecinas. El general independiente intimó rendición, pero como rehusase Céspedes capitular, se dispuso el asalto, que fué rechazado varias veces con grandes pérdidas por parte de Mina. «Poca, sin embargo, habría sido la resistencia, dice un historiador, si ese general hubiese tenido consigo á sus antiguos compañeros, pero sus nuevos soldados no eran útiles más que para atacar con brío velozmente á caballo en el campo, y volver atrás con la misma rapidez; pero un parapeto, un obstáculo cualquiera los detenía, y no había que contar con ellos cuando se trataba de asaltar un muro.» *Peleaban como los escitas, dice el escritor Robinson, desatándose contra el enemigo como una tormenta y disipándose como el humo.* En vano fué que Mina se pusiese á su cabeza cuando más animados los creía para renovar el ataque; siempre volvían atrás cuando más necesarias eran la serenidad y la firmeza. Se trató de cortar las fuertes correas con que estaba suspendido un puente levadizo, pero fueron inútiles todas las tentativas

que se hicieron. Mina mandó que una partida bajo el mando del capitán Perrier asaltase el muro, y este valiente oficial subió á él con denuedo y avanzó contra el enemigo, contando con que la tropa lo seguía, pero al volver la cara se halló solo, y pudo escapar con dificultad y gravemente herido. Al cabo de cuatro días de repetidos intentos se logró cortar el puente, formando para ello un camino cubierto al abrigo de las ruinas de las casas, y la guarnición, que sufría mucho por falta de agua, se rindió: Mina mandó fusilar al comandante Céspedes, al administrador de la hacienda del Bizcocho, don Higinio Suárez, que había huído á aquel punto, y á un soldado español; á los demás los dejó en libertad, y muchos se unieron á su tropa. Demolidas las fortificaciones de San Luis de la Paz, el vencedor puso de comandante en aquel lugar al coronel González, uno de los insurgentes de Jalpa, muchos de los cuales vinieron á engrosar sus filas <sup>1</sup>.»

Intentó Mina en seguida apoderarse de San Miguel el Grande, y con su acostumbrada actividad se presentó ante esta villa el 11 de setiembre, pero la halló apercebida á la defensa y guarnecida por numerosa tropa al mando del teniente coronel don Ignacio del Corral. Sabiendo al mismo tiempo que el coronel Andrade se había movido en su persecución con el regimiento de Nueva Galicia, resolvió retirarse al Valle de Santiago, población situada al sur de la intendencia, y cuyos habitantes, no obstante haber sufrido cruelmente á consecuencia de la guerra, lo recibieron con favor, dispuestos á auxiliarle con hombres, víveres y dinero; pero el comandante de los independientes en aquella comarca, don Lucas Flores, sea por envidia ó por seguir instrucciones reservadas del padre Torres, de quien era ardiente adepto, aunque se unió con Mina no le entregó un considerable depósito de armas que le hubieran sido de gran provecho. El general observó una prudente conducta en medio de las dificultades que lo rodeaban: intentó vanamente tomar la hacienda de la Zanja, defendida briosamente por un grueso destacamento del regimiento de Celaya; dirigió una circular á todos los comandantes del *Bajo*, exhortándoles á marchar en auxilio del fuerte de los Remedios, y escribió á la junta de Jaujilla pidiéndole con urgencia algunas tropas de infantería para atacar con éxito á las fuerzas realistas que sostenían el cerco alrededor de aquella posición.

Cediendo, sin embargo, á las instancias del padre Torres, se acercó á la sierra de San Gregorio sin esperar los auxilios que había pedido á la Junta de gobierno, pero comprendiendo que su mal organizada caballería no podía empeñarse con ventaja contra la disciplinada y numerosa infantería de Liñán, retrocedió hacia la Sierra de Guanajuato reuniéndose con don Pedro Moreno cerca de Silao en los últimos días de setiembre. Liñán, entretanto, descontento de la inactividad del coronel Andrade,

<sup>1</sup> ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo IV, págs. 614 y 615.

á quien había encomendado la vigilancia y persecución de Mina, dió esa delicada comisión al coronel Orrantia, á cuyas órdenes puso mil hombres de infantería y caballería, yendo como jefes de esta última arma los tenientes coroneles Villaseñor y don Anastasio Bustamante, que tantas pruebas habían dado de su extremada ferocidad en la persecución de fugitivos. Orrantia y sus tenientes, tan crueles como activos, marcharon desde luego hacia la ciudad de Guanajuato, creyendo que Mina debía hallarse en las cercanías de ésta, pero al llegar á Irapuato supieron que se había situado en la hacienda de la Caja. Así era, en efecto, pues las tropas de Mina, que ascendían en aquel momento á mil cien hombres, en su mayor parte de caballería, se habían detenido en aquel punto dispuestas á esperar al enemigo.

El 10 de octubre Orrantia con toda su división se presentó ante la hacienda de la Caja, que está situada á tres leguas de Irapuato sobre un plano inclinado que se desarrolla entre dos colinas. Los independientes se colocaron detrás de las tapias y cercas de la hacienda, y Mina, á la cabeza de doscientos cincuenta hombres, los mejores que pudo hallar entre las indisciplinadas guerrillas que se le habían reunido, se mantuvo observando al enemigo que marchaba en columna cerrada hasta ponerse á tiro de fusil. Cambió ésta entonces su dirección y desfiló hacia la izquierda de los independientes, lo cual visto por Mina le obligó á ordenar un ataque por la retaguardia de la columna. El coronel don Encarnación Ortiz y los capitanes Mier y Delgado, seguidos de unos cuantos, ejecutaron ese movimiento con precisión y denuedo <sup>1</sup>, pero no fueron sostenidos por los demás guerrilleros, que pelearon en desorden según su costumbre, y que dieron lugar á que se rehiciese el enemigo, cargando á su vez y obligando á las masas de caballería de Mina á retirarse precipitadamente, y fueron perseguidas por el teniente coronel Bustamante. Considerables fueron las pérdidas de los independientes, pero también los realistas lamentaron la de muchos de sus soldados.

Mina se abrió paso con su intrepidez de siempre entre las filas enemigas que lo rodeaban, y seguido de un pequeño grupo de oficiales y soldados llegó al rancho de *Paso Blanco*, distante una legua de la hacienda de la Caja, sin que los vencedores intentasen seguirle. Las fatales consecuencias que acababa de producir la tenaz indisciplina de los guerrilleros le determinaron á dirigirse á Jaujilla, tanto para procurar, de acuerdo con los miembros del gobierno provisional, el remedio de tan grande dificultad como para concertar el plan de sus futuras operaciones. Dejando á Moreno la orden de reunir las guerrillas y de esperarle en la hacienda misma de la Caja, que sólo fué ocupada momentáneamente por Orrantia, Mina, acompañado de veinte hombres, se puso en camino y llegó á Jaujilla el 12 de octubre. Fué recibido

con grandes muestras de distinción por los vocales de la junta, y entrando á discutir el plan que les sometió el general, consistente en atacar desde luego á Guanajuato, con el propósito de llamar de este modo la atención de Liñán, obligándole á levantar el sitio de los Remedios, aquéllos manifestaron la imposibilidad de llevar á buen término ese proyecto con tropas como las que entonces tenía bajo sus órdenes. Mejor les parecía que sacando del fuerte de los Remedios los oficiales y soldados que habían pertenecido á su primitiva división, organizase con la ayuda de éstos un cuerpo respetable por su instrucción y disciplina, indicándole muy á propósito para esta tarea el sur de la provincia de Michoacán, país rico y fértil, y en donde las fuerzas realistas eran en menos número que las diseminadas profusamente en el *Bajío*; pero Mina les declaró que su honor militar le ordenaba auxiliar cuanto antes á los sitiados en los Remedios, que el mejor medio para ello era apoderarse de Guanajuato, y que era aquella la sazón oportuna, hallándose Liñán en grandes apuros por la escasez de provisiones en su numerosa división. Viendo los individuos de la junta que no era fácil hacerle desistir de su proyecto, pusieron á sus órdenes cincuenta hombres de los cien perfectamente organizados que guarnecían el fuerte y se despidieron de él, deseándole buen éxito en su empresa, y admirando los generosos sentimientos que le animaban <sup>1</sup>.

Antes de salir de Jaujilla dirigió Mina una proclama á los españoles residentes en Nueva España (19 de octubre), exhortándoles á unirse á él para combatir la tiranía de Fernando VII. Marchó en derechura á Puruándiro, en donde fué recibido por los habitantes con grandes demostraciones de regocijo; detúvose allí dos días; pasó luego al Valle de Santiago, en cuyo lugar aumentó su fuerza con algunos voluntarios, y continuando su rápida caminata llegó á la hacienda de la Caja, uniéndose á Moreno que había logrado concentrar en aquel punto cerca de mil hombres de caballería. Con éstos y los que venían acompañándole desde Jaujilla y el Valle, Mina se dirigió inmediatamente á Guanajuato, apartándose del camino real y marchando á campo travieso, con tanta prontitud y precauciones tantas, que al amanecer del 24 de octubre llegaba á la mina de la Luz, poco distante de la capital de la intendencia, sin que nadie hubiese sabido su aproximación; allí se le unió don Encarnación Ortiz al frente de un refuerzo considerable, con lo que ascendió su tropa á mil cuatrocientos hombres, de los cuales noventa eran de infantería. Con las mismas precauciones que había tenido en su marcha hasta la Luz, avanzó en la noche hasta los arrabales de Guanajuato; allí formó sus tropas en dos columnas, y á las dos de la mañana del día 25 entraba en las calles principales de la ciudad sin haber sido sentido por la guarnición. Sin embargo, una patrulla que se hallaba en aquellos momentos en la calle de los Pocitos dió la voz de alarma, y

<sup>1</sup> Véase parte de Mina á la junta de Jaujilla en el *Cuadro histórico* de Bustamante, tomo IV, págs. 372 y 373.

<sup>1</sup> *Memorias* de Robinson, págs. 207 á 209.

púsose en movimiento la guarnición; por orden del comandante militar don Antonio Linares se colocó un cañón en la plaza, y sus disparos contuvieron la columna principal de los asaltantes que avanzaba por la calle del Ensaye. Momentos eran éstos de cargar impetuosamente, y la toma de Guanajuato hubiera sido el premio de tanto denuedo. Así lo comprendió Mina, y no obstante su ningún conocimiento de aquella ciudad intrincada excitaba á sus soldados á que avanzasen ordenadamente hasta la plaza. Todo fué en vano, y aquellas tropas indisciplinadas de caballería, sordas á la voz de su general y de algunos oficiales que le secundaron, se desparramaban por las torcidas y estrechas calles sin unir sus esfuerzos ni intentar el asalto de ninguna de las posiciones defendidas por la guarnición. Viendo Mina que no era posible restablecer el orden en aquellas masas ordenó la retirada. «Esta fué, con tropas como aquellas, una verdadera fuga, dice un historiador; al llegar á las estrechas gargantas que rodean á Guanajuato, todos pretendían pasar al mismo tiempo, y de este modo obstruyeron los desfíladeros y se produjo una inmensa confusion. De la plaza salieron algunas partidas á tirotear á los fugitivos, y éstos se desordenaron entonces más y más. Al fin, pudo el general, á costa de infinitos esfuerzos, tranquilizarlos un tanto y hacer que marchasen con algún concierto. Durante este terrible trastorno, el coronel independiente don Francisco Ortiz pegó fuego al tiro general de la mina de Valenciana, y Mina, indignado por este hecho, y no menos por la indisciplina de las tropas durante el combate, hizo alto en la Luz, y reuniendo allí á los oficiales les afeó su conducta, y publicó una orden del día censurando á los que lo merecían y elogiando á los pocos que habían cumplido como buenos. En seguida mandó que se fuesen á sus respectivos distritos, recomendándoles que no dejasen entrar víveres á Guanajuato, porque no desistía de atacarla en coyuntura más propicia, y quedando con una escolta de infantería y caballería, cuyo número fué de setenta hombres, llegó en la mañana del 26 de octubre al rancho del Venadito, perteneciente á la hacienda de la Tlachiquera, propiedad de don Mariano Herrera <sup>1</sup>.» Acompañaban á Mina don Pedro Moreno, don Pascual, hermano de éste, y algunos otros oficiales que habían escapado de las matanzas del Sombrero. Mina y Moreno, después de varios días de incesante fatiga, se rindieron al sueño la noche del 26 en unas *trojes* del rancho del Venadito.

Hemos visto á Orrantia, vencedor en la hacienda de la Caja el 10 de aquel mismo mes, suspender la persecución que se le había ordenado; pero apenas hubo llevado un convoy de víveres al campo de Liñán, la continuó con su acostumbrada actividad: el mismo día que Mina salía de Puruándiro él entraba en aquel lugar, y siguiéndole á poca distancia perdió sus huellas en una hacienda

<sup>1</sup> Hemos extractado en esta cita lo que dice Robinson en sus *Memorias de la revolución de México*, págs. 219 y 220.

inmediata á Irapuato, adonde pernoctó el 24 de octubre. Las llamas que se alzaban del tiro de Valenciana, incendiado por el guerrillero Ortiz, como hemos dicho ya, indicaron á Orrantia, en la madrugada del 25, la dirección probable de Mina, é inmediatamente marchó á Guanajuato, donde llegó tras una fatigosa caminata de doce horas. Allí le informaron de que los independientes habían salido esa misma mañana rumbo á la Luz, y sin perder momento salió para Silao, en donde entró la tarde del 26, avisándole allí el comandante Reinoso que Mina debía pasar la noche en el rancho del Venadito <sup>1</sup>; púsose en marcha Orrantia esa misma noche con quinientos caballos, y al amanecer del 27 de octubre llegaba á la vista de aquel lugar, mandando que ciento veinte dragones de Frontera, comandados por el teniente coronel don José María Novoa, avanzasen á galope para impedir la fuga de Mina y de los que en su compañía se hallaban.

Don Pedro Moreno fué el que primero percibió el estruendo del escuadrón enemigo, y levantándose violentamente tomó su espada y huyó á una cañada que estaba próxima á las *trojes*, seguido de su criado; éste le propuso que volvería á las *trojes* para traer los caballos, y habiéndolo permitido Moreno marchó á su destino, pero fué aprehendido inmediatamente por los asaltantes, y á fuerza de amenazas lograron que indicara el sitio en que se hallaba su amo. Allá se dirigieron varios oficiales y soldados, y se trabó un combate rápido y sangriento: Moreno, sin más armas que su espada, se defendió con bravura de los realistas, que deseaban cogerle vivo; entonces le dispararon, y un balazo que recibió el valiente patriota en la cabeza le echó por tierra, cubierto de honor y de sangre; ya derribado, los soldados le cortaron la cabeza y corrieron á presentar ese fúnebre trofeo al coronel Orrantia, quien lo envió en seguida al brigadier Negrete. Entretanto, Mina había salido también de la *troje*, sin casaca y sin armas, y aunque trató de reunir su gente, toda ésta había huído ya en distintas direcciones; entonces fué aprehendido por un dragón del regimiento de Frontera llamado José María Cervantes. Atado fuertemente, fué llevado el prisionero á presencia de Orrantia, quien olvidando los fueros de la desgracia le prodigó indignos ultrajes, llamándole traidor á su rey y á su patria; y como Mina contestase á su vez con noble entereza, Orrantia tuvo la cobardía de pegarle con su sable dos cintarazos; acción infame, como la llama el mismo Alamán, y que motivó las siguientes palabras de Mina, que dejaron confuso y humillado al vil coronel realista:—«Siento haber caído prisionero; pero este infortunio me es mucho más amargo por estar en

<sup>1</sup> En las *Memorias* de Robinson, pág. 223, se lee que un eclesiástico á quien encontró Mina en su marcha al Venadito corrió á Silao y dió aviso de ello al comandante realista. Don Carlos M. de Bustamante adopta esta relación (*Cuadro histórico*, tomo IV, página 379), pero en la pág. 533 del mismo tomo rectifica diciendo que el que informó al comandante Reinoso, jefe realista de Silao, de la marcha de Mina al Venadito y de su estancia en este lugar, fué un tal Clagoya, dueño de un rancho cercano al del Venadito.

manos de un hombre que no respeta el nombre español ni el carácter de soldado <sup>1</sup>.—Don José María Liceaga, don Pascual Moreno y algunas otras personas que acompañaban á Mina en el Venadito pudieron huir á caballo; las demás recibieron la muerte inmediatamente, con excepción de don Mariano Herrera, dueño de la hacienda de la Tlachiquera, que fué encarcelado en Irapuato y luego sentenciado á la pena de muerte, de la que pudo escapar fingiéndose loco durante varios años.

Mina fué llevado á Silao el mismo día de su aprehensión; allí se le pusieron grillos en los pies, y según el historiador Alamán, al ver aquel general estos instrumentos de tortura, exclamó: —«¡Bárbara costumbre española! Ninguna otra nación usa ya este género de prisiones; más horror me da verlas que cargarlas.»—De allí se le condujo á Irapuato, y siempre escoltado por Orrantía llegó al campamento de Liñán, frente al fuerte de los Remedios. Encargóse su custodia al regimiento de Navarra, y despojado de sus prisiones recibió desde entonces las consideraciones á que era acreedor. Deseando el gobierno vireinal averiguar quiénes habían sido las personas que en Europa y los Estados Unidos contribuyeron á formar la expedición y las que en diversos lugares de Nueva España estaban inteligenciadas de los planes y proyectos de Mina, se le sometió á largos interrogatorios, sin que este bravo caudillo diese informes ningunos que cedieran en perjuicio de otros. El historiador Robinson afirma haber hablado con algunos oficiales realistas que se hallaron presentes á esos interrogatorios, y aquéllos le aseguraron de la admiración que excitó en todo el ejército la conducta de Mina y de las simpatías que ese noble comportamiento hizo nacer hacia el prisionero en todos los oficiales y soldados del campamento de Liñán <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Alamán, Robinson y Bustamante refieren esta escena de la misma manera. El primero de estos autores publicó en el Apéndice del tomo V de su *Historia de México* una explicación de Orrantía, que vivía aún en 1832. En ella dice el antiguo coronel realista que no pudiendo sufrir las expresiones denigrantes de Mina contra el rey y las tropas realistas le *dió dos planazos con el sable*, y que al recibir los golpes no dijo las palabras que le atribuyeron los historiadores ni ninguna otra, pues quedó callado. Por confesión del mismo Orrantía queda, pues, plenamente probado su villano y vil proceder, y en cuanto á su negación respecto de las nobles palabras de Mina al recibir ese cobarde ultraje, no debe concedérsele gran valor si se considera que ellas fueron el mejor castigo que pudo imponerse al coronel Orrantía. Además, preciso es tener en cuenta que esa penosa escena pasó á presencia de varias personas, quienes conservaron y transmitieron las dignas palabras de Mina.

<sup>2</sup> Alamán y Bustamante, en sus respectivas obras históricas, han publicado la siguiente carta, según dicen, escrita por Mina al general Liñán:

«Señor General: Quiero tener la satisfacción de manifestar á V. S. que voy á morir con la conciencia tranquila, y que si alguna vez dejé de ser buen español, fué por error.

»Deseo que V. S. tenga mejor suerte que yo, y sin ser traidor al partido que abracé y ha hecho mi desgracia, deseo que V. S. salga con felicidad en todas sus empresas.

»Mi sinceridad no me permitiría decir eso á V. S. si no estuviese convencido de que jamás podrá adelantar nada el partido republicano, y que la prolongación de su existencia es la ruina del país que V. S. ha venido á mandar.

»Si todavía me restan algunos días de vida, desearía decir verbalmente á V. S. todo cuanto juzgo conveniente para la pronta pacificación de estas provincias, y después que el público esté informado

Fué muy festejada por los realistas la noticia de la aprehensión de Mina, y á medida que se iba difundiendo rivalizaban las autoridades en empeño para celebrarla estrepitosamente. En México se echaron á vuelo las campanas y hubo salvas de artillería; en las capitales de provincia fué solemnizada con *Te-Deum* y misa de gracias, y en Puebla cantó ésta de pontifical el obispo don Antonio Joaquín Pérez. Luego el gobierno vireinal se ocupó en premiar á los aprehensores: Orrantía fué ascendido á coronel efectivo del ejército, al soldado de caballería que aprehendió á Mina se le hizo cabo y se le dió una gratificación de quinientos pesos, y cada uno de los soldados de la división fué agraciado con el uso de un escudo conmemorativo. Más tarde el gobierno de la metrópoli premió al virey Apodaca con el título de *Conde del Venadito*, «que conservó, dice un historiador, á pesar de haber representado para que se le cambiase, por parecerle ridículo, el nombre del lugar que acompañaba al título nobiliario.»

El interés que empezaba á inspirar Mina entre los oficiales y soldados de Liñán y el sentimiento de simpatía que por él se difundió en muchos de los habitantes de la misma capital al saber su aprehensión y presentir la suerte que le estaba reservada, obligaron al virey Apodaca á ordenar á ese jefe que procediese al fusilamiento del prisionero. En consecuencia, el 11 de noviembre (1817), á las cuatro de la tarde, fué conducido Mina por una escolta de cazadores de Zaragoza al cerro del Bellaco, porque Liñán quiso atemorizar con el sangriento espectáculo á los defensores del fuerte de los Remedios. Los dos campos, en efecto, estaban en profundo y solemne silencio, atentos á lo que iba á pasar en la siniestra eminencia, visible para sitiadores y sitiados. No flaqueó el valor del ilustre navarro en este postrero y terrible instante, y después de decir á los soldados que debían dispararle: —«No me hagáis sufrir,»—marchó con paso firme al sitio que se le señaló y cayó herido de muerte por la espalda <sup>1</sup>; su cadáver fué sepultado en un lugar inmediato al de la ejecución, después de que los cirujanos de los cuerpos y los oficiales que asistieron al fusilamiento firmaron una acta que se publicó en la *Gaceta* de México algunos días más tarde.

Así terminó su brillante carrera, cuando no había cumplido aún veintiocho años de edad, el generoso y

del estado y naturaleza de esta revolución, no temo su juicio sobre la oferta que hago á V. S.

»Permitame V. S. que tenga la satisfacción de decirle su afecto paisano, Q. S. M. B. — *Javier Mina*. — Señor Mariscal de campo y general en jefe don Pascual Liñán.»

Robinson, en sus *Memorias*, tiene por apócrifa la carta anterior, y añade que Mina escribió desde su prisión al teniente coronel don Pablo Erdozain, que se hallaba dentro del fuerte de los Remedios, dándole instrucciones respecto de algunos asuntos particulares y *exhortándole á continuar obrando con honor y firmeza*.

<sup>1</sup> Todos los caudillos de la independencia que fueron fusilados recibieron la muerte por la espalda, pues se les declaró traidores al rey y á la patria.

valiente joven <sup>1</sup> que tanto terror infundió en los dominadores con sus rápidas y señaladas victorias. Aparte de los nobles móviles que le impulsaron á combatir por la independencia de México, y sin atender precisamente á las altísimas prendas de que estaba dotado, el nombre y la memoria de Mina lucirán siempre en la historia de nuestra patria con vívido fulgor, porque su aparición en el suelo mexicano y su sorprendente campaña de siete meses reanimaron las esperanzas de los defensores de la libertad, próximas á extinguirse, y continuaron la lucha que sólo había de terminar con la completa separación entre España y la más importante de sus posesiones en el Nuevo Mundo. Nuevos reveses sufrirían todavía las armas de la independencia, y para los observadores superficiales más de una vez el dominio tranquilo de España parecía ejercerse sin contradicción tras varios años de asoladora contienda, pero las proezas de Mina estaban demasiado recientes y su recuerdo mantuvo en los esforzados corazones de los patriotas la fe en el triunfo, y la perseverancia, que es la primera virtud de los propugnadores de las grandes causas.

<sup>1</sup> «Nadie, dice Robinson, historiador de la memorable campaña de Mina, nació con mejores disposiciones para llevar á cabo el loable empeño de propagar los beneficios de la libertad entre los hombres que el general Mina. Su talla era de cinco pies y siete pulgadas, y aunque no corpulento, era bien formado. Su estructura física tenía todas las cualidades necesarias para una vida activa. Tenía grandes prendas morales y valor personal en grado eminente. Sereno á la hora del peligro, siempre estaba dispuesto á aprovecharse de todas las ocasiones favorables que le presentasen las vicisitudes de los sucesos. Cuando estaba á la cabeza de las tropas, les inspiraba su arrojo. Era en extremo frugal, y no le hacían impresión ninguna las más duras privaciones. Su cama se componía, por lo común, de la capa y de la silla de su caballo. Aun en la mayor intemperie y pudiendo tener alojamientos cómodos, pasaba la noche en medio del campo con sus soldados. Era afable, generoso, sencillo, humano y moderado, y unía á todas las dotes del militar los modales del hombre civilizado.» (*Memorias de la revolución de México*, págs. 229 y 230).

Por lo demás, justo es decir que el ilustre Mina no tuvo el decidido y eficaz auxilio que debieran impartirle los demás caudillos de la independencia. Los que más distantes se hallaban del territorio en que aquel valiente jefe se colocó para combatir á las tropas del rey, no pudieron apoyarle más que con sus votos y esperanzas, pero los que como Torres peleaban en la misma zona, anduvieron remisos y mezquinos en socorrerle y secundarle. El historiador de la expedición de Mina llega hasta acusar á aquel jefe de haber causado el vencimiento y lúgubre fin del general navarro. La relación que hemos hecho de los sucesos demuestra, á nuestro juicio, que si hubo de parte de los caudillos independientes falta de diligencia patriótica para apoyar la acción vigorosa del adalid que se presentó á sostener la causa común, no puede afirmarse que éste fué víctima de la envidia de Torres ni de ningún otro jefe de la revolución.

Más fundadamente pudiera atribuirse el malogro de una expedición que comenzó bajo tan felices auspicios, á la falta de un plan determinado y al escasísimo conocimiento que su jefe pudo adquirir del país y de sus hombres. En vez de enervar sus fuerzas en la estéril defensa del cerro del Sombrero, debió multiplicar los atrevidos y felices ataques que tanto terror infundían á las tropas realistas. Y si en lugar de arrojarle contra Guanajuato cediera á los consejos de la junta de Jaujilla, pocos meses después hubiérase alzado en Michoacán al frente de un ejército, fuerte por el número y la disciplina, y quizás habría dado cima á la obra empezada en 1810. Su brillante campaña es, sin embargo, uno de los mejores episodios de la historia de la revolución, y Mina significa para todo mexicano generosidad, valor y libertad.